



CAZADOR DE HAMPONES



RALPH BARBY





SS **SERVICIO SECRETO**



RALPH BARBY

CAZADOR DE HAMPONES

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 984

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 17.823 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1969

© RALPH BARBY - 1969

sobre la parte literaria

© DESILO - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

547. — La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

570. — Rosas blancas del Sur.

En Colección CALIFORNIA:

661. — La muerte galopaba sin freno.

En Colección BRAVO OESTE:

433. — Manantial de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

981. — S.O.S.

En Colección SALVAJE TEXAS:

660. — La caída del árbol.

En Colección PUNTO ROJO:

366. — Pelotari.

En Colección ASES DEL OESTE:

509. — Más fuerte que la sangre.

En Colección BISONTE:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPITULO PRIMERO

La escalera aparecía solitaria y, más que oscura, siniestra.

Hal Wells arrojó al suelo el cigarrillo que había estado fumando, y lo aplastó con la punta de su zapato.

Wells era alto, de aspecto delgado, pero con gran caja torácica y huesos fuertes y amplios. Sus músculos semejaban distendidos, casi flácidos, como los de un boxeador nato, pero al igual que los de éste, se ponían tensos y disparaban con la celeridad del rayo para luego volver a ser flácidos y encajar mejor el golpe de su enemigo, escapando así a los fuertes dolores que acusaría, de tener los músculos prietos e hinchados.

Pasó al interior de la oscura y hedionda escalera. Descubrió cuatro ojos que le vigilaban desde la oscuridad. Eran ratas, lo supo desde el primer instante.

Pocos hombres estaban tan aptos para la lucha como Hal Wells, cinturón negro de judo a sus dieciséis años.

Su padre ya había luchado como veterano en la segunda conflagración mundial contra los nazis, en unidades especiales de paracaidistas y también lo había hecho en Corea.

Su padre, muerto con el grado de mayor en un servicio rutinario de enseñanza a los nuevos paracaidistas, le había enseñado el casi arte de la lucha en las selvas asiáticas, todos los trucos del oriental y sus sistemas de defensa. Para ello, el mayor Wells había estudiado incluso a los animales, y en este ambiente había educado a su hijo.

Hal, el primer y más ferviente admirador de su padre, había aprendido de éste toda la experiencia acumulada durante años.

Luego, el propio mayor Wells le envió a una reserva india en Dakota del Sur. El tiempo había atrofiado un tanto las facultades de aquellos pieles rojas, pero había aprendido mucho de ellos, en especial el arte de ser silencioso y la paciencia y templanza de los nervios durante la espera de la presa o el enemigo.

Cuando Hal Wells recibió la noticia de la muerte de su padre, sintió el deseo imperioso de inscribirse en los «Boinas Verdes», donde no tardó en alcanzar la graduación de sargento.

Enviado al frente del Sudeste asiático, combatió duramente en las ciénagas vietnamitas.

Mas no satisfizo a Hal aquel tipo de lucha en el que tanta gente moría, mucha de ella sin saber por qué.

Tenía la necesidad de invertir su energía en otro tipo de lucha, y la oportunidad se la ofreció el FBI, que le recibió con los brazos abiertos, terminando en Quantico su ya de por sí completo adiestramiento.

En pocos casos había intervenido el joven agente federal, pero los hampones que se habían tropezado con él maldecían amargamente su mala suerte tras unas rejas o muros de hormigón, cuando no la sala del patíbulo esperando al final de un corredor.

Hal Wells fue ascendiendo los peldaños uno a uno. Sus zapatos, del tipo mocasín que se hacía confeccionar expresamente, poseían una suela de goma semiblanda, que no causaba ningún sonido al avanzar.

Varios de los peldaños de aquella vieja escalera habrían crujido fuertemente, de ser otro el hombre que los pisara, pero Hal Wells jamás depositaba el peso de su cuerpo sobre un pie hasta saber que el piso no habría de crujir. Y si era inevitable, al apoyarse en la zona peligrosa lo hacía tan levemente que, de filmarle, habrían pensado que se movía a cámara lenta. Sin embargo, pese a sus movimientos calculados, avanzaba muy rápido.

Subió al primero y luego al segundo piso, sin delatar su presencia.

De pronto, quedó quieto, atento. Un timbre acababa de sonar dos pisos más arriba.

«Es el teléfono», se dijo.

Alguien, con voz queda, respondió a la llamada, ya que el timbre dejó de sonar.

Wells siguió subiendo.

Aceleró el ascenso y, al llegar ante la puerta que constituía su objetivo, sacó su «Luger» de debajo de la axila. La empuñó con la diestra mientras con la izquierda manejaba una delgada ganzúa.

Accionó en la cerradura hasta conseguir abrirla, lo que apenas le llevó unos segundos. Luego, empujó la puerta y lo primero que entró en la estancia fue el cañón de su automática.

Mientras, se arrodilló, escapando así a cualquier rociada de

plomo que le pudiera llover encima.

No hubo detonaciones ni disparos. Una fría y mugrienta lámpara colgando del techo iluminaba el pequeño y barato apartamento.

Lo primero que vio fue el auricular del teléfono colgando junto a la pared, ya que el aparato estaba acoplado a ésta.

El auricular, todavía balanceante, fue cogido por la mano de Hal. Nada pudo escuchar al otro lado de la línea.

Percatándose de que el tiempo era precioso, pasó al angosto dormitorio, y pudo ver la ventana abierta de par en par. No dudó en correr hacia ella.

Era fácil suponer que la llamada que escuchara había sido atendida a través de aquel teléfono. El hombre al que Wells iba persiguiendo había sido avisado a tiempo, quizá con los segundos justos para huir.

El lecho, más que una cama era un catre, y aparecía en desorden. Wells estaba seguro de que, caso de tocarlo con la mano, aún lo encontraría tibio.

Mas no se preocupó de ello, toda su atención se centró en la ventana. Al asomarse, comprobó que por allí descendía la escalerilla de incendios.

El callejón no era demasiado estrecho, pero sí muy oscuro. En aquella noche sin luna era imposible ver la calle, pese a que existían dos farolas en ella, pues sus bombillas habían sido rotas por los propios habitantes del lugar.

A ellos, como a las ratas, les convenían más las tinieblas que la sana iluminación que oficialmente habría de protegerles. Así podían esconderse y escapar en casos como el que Hal Wells estaba viviendo.

El que avisara a su presa debía encontrarse en las cercanías, y muy posiblemente había utilizado una cabina de teléfono público. Quizá ahora estuviera tratando de proteger la huida de su compinche.

Escuchó claramente unos pasos descendiendo, veloces, por la escalera metálica de emergencia. Por lo visto, el fugitivo se había detenido unos instantes, temeroso de ser descubierto, pero al fin reanudaba la fuga.

— ¡Stacy Forrester, en nombre de la ley, queda arrestado!
¡Deténgase o haré uso de la fuerza contra usted! —exclamó Wells

como ultimátum, pasando por la ventana y situándose también en la escalerilla.

La primera respuesta del tal Forrester fue un disparo a ciegas contra el agente, al que ni siquiera llegó a rozar.

— ¡Al diablo, federal! —masculló Stacy Forrester, acelerando la bajada.

Hal Wells inició el descenso con rapidez, haciendo que los peldaños de hierro, erosionados por el tiempo, pasaron por debajo de sus zapatos con velocidad increíble.

Forrester sabía bien que, si era atrapado, sería conducido al patíbulo. Por ello, deseó tener alas mientras bajaba peldaños, muchos de ellos a trompicones y disparando dos veces más sobre su perseguidor, tratando de contenerlo.

Los proyectiles rebotaron contra los hierros, produciendo irritantes sonidos. Pese a las detonaciones, nadie asomó a la calle.

Aquella situación no era nueva en el North-East Side del gran Chicago, y los que allí vivían sabían que era preferible no meterse en líos y mantener tapados los suyos propios.

Al llegar al final de la escalerilla, Stacy Forrester, un hombre delgado, de escasa estatura y cabeza sorprendentemente pequeña, se colgó del último peldaño y se lanzó a la calle saltando los nueve pies que le separaban de ésta, pues la escalera terminaba en alto para no ser utilizada por los ladrones.

Wells lo escuchó primero y lo vio correr después hacia el final del callejón, ya que la figura del fugitivo destacó contra la arteria en la que desembocaba la calleja, más importante e iluminada.

Tuvo la intención de disparar para cortar la huida de aquel magnicida, pero se contuvo. Lo quería vivo. Era muy importante atraparlo.

Le llegó también a él, con escasos segundos de diferencia con su perseguido, el momento de saltar desde la escalera de incendios a la calle. Después, corrió como un velocista olímpico tras el asesino.

Wells llevaba su pistola en la mano, pero aún no había hecho ningún disparo.

Cuando llegó al final del callejón, un coche se ponía en marcha y varios disparos buscaron su cuerpo.

Wells, que intuía lo que iba a suceder, rodó por el suelo mientras el plomo pasaba por encima de él. Luego brincó, y como si no

hubiera tocado el suelo, corrió hacia su «Ford-Mustang», en el que se lanzó a la persecución de los fugitivos, pues ahora eran dos. Stacy Forrester y el hombre que le advirtiera de su llegada a la casa, y que ahora se lo llevaba en su coche, tratando de que éste no fuera capturado por la ley.

El automóvil fugitivo, un «Buick» negro, pasó a Lake Shore Orive, y el «Ford» conducido por el agente federal le siguió de un modo suicida entre el denso tránsito de la avenida.

La persecución se hizo más lenta, pero no menos peligrosa. Ambos coches tenían que sortear a los pacíficos ciudadanos que circulaban normalmente por el bullicioso Chicago, en aquella noche estival.

Pronto se escucharon silbatos de policías, y el «Buick», percatándose de que su situación se hacía más apurada, pues corría el peligro de ser perseguido por los coches patrulla de la «city», se apartó de la vía principal, internándose por el barrio norte.

Así, dieron vueltas y más vueltas por la ciudad, tratando de escapar al «Ford-Mustang», que acortaba distancias.

El «Buick» se adentró por un bulevard solitario, medio en penumbra, en cuya acera derecha había un muro con una reja sobre él, e interiormente protegida por altos y bien recortados setos.

Desde el «Buick» volvieron a hacer fuego sobre Hal, y éste comprendió que su vida dependía simplemente de la suerte, ya que uno de los disparos acababa de perforar limpiamente el cristal parabrisas.

Unas pulgadas más centrada la bala y Stacy Forrester se habría librado de su peligroso y tenaz seguidor.

—Esos malditos acabarán por atropellar a inocentes en plena calle —gruñó Hal, viendo saltar a un par de mujeres, que habían estado a punto de ser arrolladas.

Sin soltar el volante, asomó la zurda por la ventanilla, armada con la «Luger». Tiró del gatillo tres veces consecutivas, apuntando al «Buick».

Su puntería no podía ser buena, en aquellas condiciones, pero esperaba causar desperfectos que cortaran la fuga.

El «Buick» perdió la dirección y fue de un lado a otro de la calzada en medio de grandes chirridos de neumáticos y gritos de alguien que presenciaba la escena, para acabar estrellándose contra

el muro enrejado.

Cuando Hal Wells detuvo su «Ford-Mustang», pudo ver cómo la figura de un hombre pequeño y delgado trepaba por las rejas y, brincando sobre ellas, desaparecía al otro lado de los setos.

Wells corrió hacia el «Buick», y comprobó que el hombre que reclinaba su cabeza contra el volante estaba muerto. Aquél no era Stacy Forrester, sino el que había pretendido ayudarle a escapar a la ley, acción que había pagado con su vida.

Hal Wells trepó también sobre la reja, y saltó al otro lado, hallándose en una zona ajardinada, por suerte para él al estilo moderno, es decir, con grandes zonas de césped y escasa acumulación de setos.

Quedó quieto. Stacy Forrester no podía estar lejos. Allí había bastante oscuridad, quizá el fugitivo esperaba una ocasión para deshacerse del federal cuando éste ofreciera un blanco perfecto.

Wells aguardó, inmóvil, escuchando atentamente.

De pronto, percibió el aullido de un coyote hiriendo la noche de aquel tranquilo parque.

«¿Coyotes en Chicago?», se preguntó Hal.

Al poco, pudo darse cuenta de que se hallaba en el zoológico. Un elefante respondió al coyote, quizá molesto por la interrupción de su sueño, y varios grandes felinos rugieron, terminando por dar gritos los asustadizos simios.

Una figura echó a correr entre las plantas, creyendo no ser vista, pero a Hal no se le pasó por alto, y corrió tras ella, acortando distancias.

Stacy Forrester se percató de que el silencioso Hal le perseguía. Casi fuera de sí, gritó:

— ¡No me cogerá, federal, no podrá conmigo!

— ¡Entréguese, Forrester, está perdido! ¡La metropolitana pronto rodeará el parque!

Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando se escuchó el ulular de una sirena policial, aproximándose al zoológico, en el lugar en que quedaran los coches.

En cuanto los testigos presenciales de lo ocurrido advirtieran a la policía de que fugitivo y perseguidor se habían internado en el jardín, éstos bloquearían todas las salidas del parque.

Corrieron entre cercados donde se movían algunos animales y

otros dormían en sus cobertizos protegidos.

Stacy Forrester era pequeño, pero veloz como una ardilla. Hal le persiguió entre aquella fauna, que despertaba, asustada, al escuchar los disparos que hacía Forrester contra el federal, tras haber repuesto el cargador de su pistola.

Wells le fue acorralando hasta que le obligó a meterse en un angosto callejón del zoológico, haciéndole bajar unas escaleras de cemento.

Al topar con una recia puerta, Stacy se asustó. Hal iba tras él, descendía los peldaños, y aquello se había convertido para él en una verdadera encerrona.

Palpó la puerta, buscando la forma de escapar.

Encontró un grueso cerrojo, que no dudó en descorrer, respirando agitadamente mientras el sudor de su cuerpo flaco empapaba ya su espalda. La escasa grasa que debía almacenar se quemaba por instantes.

— ¡No podrá escapar, Forrester!

Una vez más, el asesino disparó para frenar el avance, en esta ocasión descenso, de Wells. Abrió la recia puerta, y pasó al otro lado de la misma.

Si la noche era oscura, aunque en el parque había algunas luces que iluminaban los senderos, el lugar donde acababa de introducirse resultó de una negrura espantosa, y olía fétidamente.

Stacy Forrester avanzó unos pasos con la pistola por delante cuando escuchó un fuerte rugido, que heló la sangre en sus venas. Sus piernas flaquearon, casi incapaces de sostenerle.

CAPITULO II

— ¡Leones!

Forrester retrocedió febrilmente para escapar por la misma puerta que utilizara para entrar en la guarida de los leones del zoológico, pues en aquella caverna artificial dormían, y durante el día salían al exterior, cercado por un profundo foso y agua, un lugar relativamente reducido, pero que imitaba a la naturaleza en lo posible para que los grandes y poderosos felinos se sintieran a gusto.

Forrester lanzó un alarido de terror, al comprobar que la puerta se había cerrado y que el agente federal, más intuitivo que él, había pasado el cerrojo que le dejaba a merced de las fieras.

— ¡Déjeme salir! —aulló con el terror vibrando en sus cuerdas vocales.

—Forrester —llamó Hal al otro lado de la puerta, deseoso de sacar partido de la situación, ya que de otra forma sería muy difícil interrogar a aquel asesino.

— ¡Déjeme salir, estoy con los leones!

Los rugidos de las fieras se hacían más fuertes. Despertados súbitamente, se habían irritado, y olían la presencia extraña del hombre que, por otra parte, no era el que les servía la carne diariamente.

—Forrester, ¿cuántas balas le quedan?

— ¡No dispararé contra usted, se lo juro, pero ábrame la puerta, por satanás, ábrame la puerta!

Pateó en vano la recia entrada, consiguiendo, por otra parte, que las ñeras aumentaran su furia.

—Forrester, yo he visitado el parque zoológico muchas veces, y toda la ciudad sabe que en este lugar hay un león y seis leonas. Se lo digo por si no le quedan suficientes municiones. Además, esas fieras, si no se les acierta bien, son aún más peligrosas cuando están

heridas.

— ¡Déjeme salir, me entrego!

Una de las fieras avanzó sobre Stacy Forrester, y éste disparó varias veces.

Se escuchó un golpe sordo. La fiera debió caer muerta, pero sus compañeras se enfurecieron más.

—Forrester, dígame quién le pagó por asesinar al senador Hastings, y le sacaré de ahí antes de que la zarpa de esos animales le abra en canal o de una dentellada le partan el cuello.

El espacio que Stacy Forrester estaba permaneciendo en la caverna de los leones era breve, sin embargo a él le parecía ya una eternidad.

Olía las fieras, escuchaba sus rugidos, le aturdía su propia y alocada respiración producto del terror que sentía. Incapaz de soportar más aquella situación, chilló:

— ¡Fue Donovan, Joseph Donovan!

El cerrojo se descorrió y la puerta se abrió lo suficiente para que Stacy, muerto de miedo, fuera arrancado del interior de la guarida por el recio brazo del federal, que se apresuró a cerrar la puerta cuando una de las leonas saltaba sobre el intruso.

Esta se encontró con la puerta ante sus zarpas y el chasquido de su dentellada.

Hal Wells, que no se fiaba de aquel homicida, le golpeó la mano, haciendo saltar su arma. Sacó unas esposas y le sujetó las muñecas a la espalda. Luego, recogió la pistola.

—Vamos, camine.

Forrester, aún bajo la impresión recibida, con las piernas torpes por el terror que todavía las atenazaba, movió éstas con torpeza y, medio ayudado por Wells, comenzó a subir los peldaños de cemento que le habían conducido a una ratonera preparada por el destino.

No muy lejanas, se escuchaban varias sirenas de coches patrulla, y dentro del recinto zoológico habían penetrado ya los agentes del orden de Chicago.

— ¡Alto, deténganse! —ordenó una voz recia.

Hal Wells vio avanzar a un grupo de cinco policías uniformados por el paseo principal del zoológico. Todos ellos iban armados y dos con rifles.

Quedó quieto para que no le dispararan por error, y, cuando los

policías llegaron a su altura, se identificó mostrando sus credenciales.

—Agente federal. Acabo de detener a este hombre, es el asesino del senador Hastings.

—Bien. Nos han avisado de que había una persecución. Hemos encontrado a un hombre muerto en un coche —explicó el sargento Wangrey, que dirigía a los cuatro agentes.

—El muerto es compañero de éste, y el coche que está cerca, con el parabrisas perforado, es el mío. Ahora, si les parece bien, acompañenme a la estación central de policía. Después de todo, este hombre será juzgado por un tribunal estatal, ya que el FBI sólo ha intervenido en este caso por petición expresa del sheriff del condado de Cook.

Al sargento no le agradó demasiado lo que acababa de oír. Si el sheriff del condado, jefe superior de la policía de Chicago, había solicitado la intervención del FBI en el caso del asesinato del senador Hastings, es que no confiaba plenamente en sus hombres para resolverlo.

—Está bien —dijo de mala gana, y más, al comprobar que el federal había tenido éxito en su misión.

—Sé lo que piensa, sargento, pero si el sheriff ha pedido la intervención del FBI como favor especial, no es porque no confíe en ustedes, sino simplemente porque había pruebas de que los asesinos se movían en Estados distintos.

—Bien, bien, no tiene por qué disculpar a nuestros superiores —gruñó Wangrey.

No tardaron en llegar a la estación central de policía de Chicago y, ante el juez de instrucción, Hal Wells hizo firmar a Forrester la declaración por la que se confesaba autor directo del magnicidio del senador Hastings, un prohombre de la nación.

En la confesión se mencionaba a Joseph Donovan, el hombre que había pagado diez mil dólares para que se cometiera el crimen.

— ¡Joseph Donovan, no puedo creerlo! —musitó Lamber, el juez de instrucción, un hombre de rostro anguloso, cabello escaso y manchas en la piel a causa de sus muchos años.

—Pues tendrá que creerlo, juez. La confesión de Forrester ya está firmada. —Miró al capitán de policía, que permanecía junto a él, y sugirió—: Ya pueden encerrarlo en una buena y sólida celda.

Algunos tratarán de lincharlo, el senador Hastings era muy querido en Chicago. Sin embargo, a los que más hemos de temer es a los hombres de Donovan, miembro ejecutivo del Sindicato del Espectáculo.

—No se preocupe. Pondremos a este pájaro a buen recaudo, y ni siquiera los periodistas van a poder visitarlo. Si la prensa quiere su foto, le haremos una nosotros, y la repartiremos a toda la información.

—Una excelente medida —aprobó el propio juez Lamber.

—Juez, estoy esperando la orden de arresto contra Joseph Donovan —pidió Wells.

Con un suspiro de desaliento, el juez advirtió:

—Es un hombre muy influyente.

—Para la ley no hay hombres influyentes. La ley es ciega, y el peso de su balanza es el mismo para todos. Entrégume la orden de arresto contra Joseph Donovan, y yo mismo me encargaré de traerlo aquí. Este caso, por lo que a mí respecta, habrá terminado.

—Bien, pero antes debo telefonar al gobernador. El caso se presenta difícil y, aunque a la justicia la representan con los ojos vendados, insisto en que Joseph Donovan es muy poderoso e influyente. Posee tantos millones como poder.

Ante la ligera reserva del juez, Wells insistió:

— ¿A qué espera para llamar al gobernador?

Lamber efectuó la llamada, y habló brevemente con el gobernador.

Poco después, colgaba el teléfono y extendía la orden de arresto contra Joseph Donovan.

Hal Wells tomó el documento de las propias manos del juez, y marchó en su «Ford-Mustang», con el parabrisas perforado, hacia el Edificio Donovan, ubicado en la avenida Monitor.

El Edificio Donovan, radicado en el centro de Chicago, ante el Park Lake y desde el cual se divisaba el lago Michigan, era un pequeño y sólido rascacielos de moderna construcción.

En su interior existían dos teatros de gran aforo; cuatro cinemas, dos clubs nocturnos, una grabadora discográfica, una radiodifusora dedicada íntegramente a emitir música «pop»; sala de billares, máquinas electrónicas de entretenimiento y otras diversiones, amén de dos gimnasios y se suponía que una gran sala de juego en los

sótanos.

Aquél era el cuartel general del importante Joseph Donovan, que vivía en los dos últimos pisos de sus rascacielos. En sus terrazas, sus decoradores habían hecho un verdadero jardín, incluyendo una fastuosa piscina y salón para fiestas particulares.

Donovan era un hombre que ganaba mucho dinero, pero también sabía que las relaciones sociales eran muy importantes, y el agasajar a personajes influyentes e incluso a las propias víctimas que le interesaban, a la larga resultaba muy rentable.

Donovan mantenía en su pequeño rascacielos lo lícito y lo ilícito del mundo del espectáculo y de la diversión, pues no faltaban en los lugares adecuados ramilletes de chicas escogidas, con cuerpos hermosos y atractivos, y basuras por conciencia.

Wells se introdujo en uno de los ascensores qué canalizaba al público que acudía al rascacielos Donovan según sus apetencias de diversión.

— ¿A dónde, señor? —le preguntó la bella ascensorista.

—Arriba —con el pulgar, señaló hacia lo alto.

Ella parpadeó ligeramente. Sus ojos eran grandes y hermosos.

— ¿A dónde ha dicho, señor?

—Arriba del todo. Quiero ver a su patrón, y llevo prisa.

—No sé si le recibirá, señor —advirtió la joven ascensorista. Al igual que las empleadas de servicio, vestía un uniforme rojo con microminifalda.

—Vamos, preciosa, acciona este chisme o lo pongo yo en marcha.

Ella suspiró. Habían dos motivos en aquel suspiro: uno, la impaciencia y la forma directa de actuar del hombre, y el otro, la personalidad de éste.

Hal Wells era alto. Poseía un rostro duro, de facciones acusadas y muy viriles, lo que tenía mucho atractivo para las féminas.

Sus ojos de acero inspiraban frialdad, pero su cabello rubio, peinado con descuido y ligeramente hacia delante, le daba un aire de muchacho ingenuo, que redondeaba más su partido con las mujeres.

Hal Wells sabía en cada momento qué postura adoptar para atraer a una mujer, pero en aquella ocasión no pensaba en ellas, sino en un hombre muy poderoso, llamado Joseph Donovan.

Al llegar al piso que correspondía a la vivienda particular del multimillonario, y ante la salida del ascensor, se encontró con una amplia y despejada sala.

En medio de ésta, una mesa grande y moderna de despacho, tras la que se sentaba una chica pelirroja a cuyo paso se hubiera parado la circulación en la Quinta Avenida neoyorkina. Donovan sabía rodearse de magníficos ejemplares del bello sexo.

— ¿Qué desea, señor?

—Ver a Donovan.

— ¿Tiene cita?

—No.

—En ese caso, no podrá recibirle —le dijo la secretaria con sonrisa irónica.

—Al diablo con las citas.

Rodeó la mesa y se dirigió a una puerta que había al fondo de la sala, y en la que un rótulo muy expresivo rezaba: «PRIVATE».

La secretaria no protestó, mas debió accionar algún resorte oculto, ya que no tardaron en abrirse unas puertas disimuladas en los muros.

Aparecieron cuatro hombres, todos vestidos con elegancia, pero de rostros poco amigables.

—Que no se le ocurra a ninguno ponerme la mano encima. Soy agente federal, y voy a ver a vuestro patrón.

En el techo se encendió una luz verde, y los cuatro hombres quedaron quietos. La pelirroja esbozó un mohín de asombro en su bello rostro. La puerta del fondo se abrió automáticamente, y Hal Wells se filtró por ella.

Tras recorrer un bien decorado pero frío pasillo, se encontró con otra puerta que se abrió automáticamente. Al cruzar bajo el dintel de ésta, se halló en un amplio y lujoso despacho, con decoración vanguardista.

Un cincuentón de cuerpo recio, rostro bien rasurado, cabello engomado y vistiendo smoking, se hallaba tras la mesa despacho.

—Adelante, adelante, agente Wells. Le he estado observando a través del circuito cerrado de televisión, desde que ha pisado la puerta de entrada del edificio.

— ¿Me esperaba, Donovan?

El hombre abrió una caja de cigarros. Tomó uno e invitó a

Wells, pero éste lo rehusó, acto que no pareció molestar lo más mínimo al multimillonario que, parsimonioso, seguro de su poder, le prendió fuego, comenzando a fumar.

—Pues sí, le esperaba. Ya sé que ha atrapado al supuesto asesino del senador Hastings, y ya ve que digo supuesto, porque todavía no se le ha juzgado y declarado convicto.

—Pero sí está confeso —advirtió Hal—. Veo que posee usted fuentes de información muy rápidas. Hace apenas una hora que ha sido detenido Stacy Forrester, y ningún medio de publicidad conoce todavía la noticia.

—Eso le hará comprender que bajo mi puño hay algo más que un vulgar y corriente poder. Soy poderoso, señor Wells, no se le vaya a olvidar, tan poderoso que, si sacudo con el dedo la ceniza de mi cigarro, usted muere.

Hal Wells vio sonreír a aquel tipo y sintió vivos deseos de cerrar su sonrisa de un puñetazo. Mas sabía estar a tenor de las circunstancias y ser frío como su enemigo.

—Usted no cometerá esa estupidez. En estos momentos no soy un hombre, sino el FBI.

—Sí, eso es cierto, por ello he permitido que llegara hasta mi despacho. De otro modo, jamás hubiera logrado llegar hasta aquí. Cuando recibo a visitantes que me interesan, mi casa es acogedora, pero cuando el visitante no me resulta grato, es tan difícil entrar aquí como en la caja de caudales que guarda el tesoro de la nación.

—Permítame que lo dude —replicó, mordaz.

—Se cree muy astuto, ¿verdad?

—Lo suficiente como para no perder más tiempo con usted. —Hizo una breve pausa y dijo—: Joseph Donovan, queda arrestado bajo el cargo de complicidad en el asesinato del senador Hastings.

Donovan no pareció inmutarse por las palabras del agente federal, y continuó sonriendo.

— ¿Trae orden de arresto contra mí?

—Sí.

— ¿Sabe, Wells? Voy a darle una oportunidad.

— ¿De veras?

—Sí. Le doy la oportunidad para que coja esa orden y la haga trocitos pequeños, pequeñitos, cuantos más mejor. Luego se marcha y llama por teléfono al juez de instrucción y le dice que se ha

olvidado de este caso. El resto corre de mi cuenta.

—Ahora comprendo por qué el sheriff del condado ha pedido ayuda al FBI.

—No presuma de listo, Wells, y haga pronto lo que le sugiero.

—Lo siento, se ha equivocado conmigo.

Donovan cruzó sus dedos ante sí y sobre la mesa, manteniendo el cigarro entre ellos.

—Está bien, le daré diez mil dólares encima.

—Gasta saliva en vano, Donovan —dijo Wells, quien, sin embargo, no ignoraba que estaba metido de lleno en la boca del lobo.

Probablemente, los policías de la Metropolitana que vigilarían en el edificio o sus alrededores, estarían pagados y sobornados por el poderoso Donovan, y si un crimen se cometía allí dentro, nadie iba a enterarse.

—Está bien, es usted duro. Le extiendo un cheque en blanco para que se olvide de mí. Puede poner en él la cantidad que quiera; yo firmaré sin mirar siquiera la cifra y no irá a decirme que no soy espléndido.

—Joseph Donovan, si no me sigue por las buenas, tendré que emplear la fuerza contra usted, y le advierto que si soy interrogado, expondré ante la corte el intento de soborno de que he sido objeto.

—Wells, le había sobreestimado, ahora veo que es tonto. Ah, guarde su juguete —le recomendó al ver que Wells empuñaba su «Luger».

—Mejor para usted que venga conmigo sin ofrecer resistencia.

—Wells, lo siento por usted. Ha tenido su oportunidad y la ha desperdiciado —le dijo el multimillonario con aire seudopesaroso—. Usted va a llevarme a la Corte, porque a la cárcel, no, e inmediatamente saldré con fianza, y usted lo sabe.

—Pero, con o sin fianza, irá a una corte —le replicó Hal.

—Sí, mas luego saldré de ella tan tranquilamente como entré. En cambio, usted, es una lástima, tan joven... Quizá un accidente, quizá un suicidio, pero morirá. Le prometo asistir a su funeral, y para que no se me olvide, ¿qué tipo de flores le gusta más? Le prometo que tendrá tantas flores en su sepelio, que será la admiración de los hippies.

Dio un par de palmadas al brazo del federal y echó a andar

delante de éste, sin dejar de fumar su grueso y caro cigarro, en cuyo aro, con la marca de fabricación, había una corona y un nombre: «JOSEPH DONOVAN».

CAPITULO III

El sargento Wangrey consultó su reloj; eran las diez en punto de la mañana.

El teléfono que reposaba sobre su escritorio sonó, estridente, y con gesto más ansioso que mecánico descolgó el auricular.

— ¿Diga?

— ¿Wangrey? —preguntó una voz grave al otro lado de la línea.

—Sí.

—En la Corte acaba de iniciarse un receso.

Tras aquella noticia, el hombre que le telefonara colgó.

El sargento de la Metropolitana, un cincuentón muy fornido, irlandés de nacimiento y estadounidense de adopción, con la cara levemente grabada por una viruela precoz, colgó también su teléfono. Tenía suficiente con lo oído.

Aplastó en el cenicero el cigarrillo que fumaba, y se levantó de su silla, ajustándose el correa del que pendía la pistola de reglamento.

Tras bajar la visera de su gorra, abandonó el despacho.

Poco después, sus pasos podían escucharse en el corredor de celdas situado en los sótanos de la Corte estatal de Chicago.

Las celdas se hallaban bien iluminadas. Sus paredes eran extremadamente blancas y sus bombillas estaban protegidas con rejas e inalcanzables para los presos, presos que sólo podían verse a través de la mirilla, ya que las puertas eran íntegramente de plancha de acero.

El agente que custodiaba el corredor, en el que sólo había diez celdas, se fijó en el suboficial que se le acercaba con paso mecánico, casi de rutina.

—A sus órdenes, mi sargento. Sin novedad en el corredor —saludó el guardián, un hombre extremadamente alto, de piel lechosa y salpicada de pecas que le daban un aire infantil.

—Lorre —interpeló Wangrey bajando la voz, pero mirando de frente al policía, dominándolo con su personalidad más poderosa—. Vas a abrir la puerta de Forrester, pero sin hacer ruido.

—Sí, sargento.

—Luego cerrarás y volverás a abrir cuando golpee tres veces en la puerta desde dentro. ¿Comprendido?

—Sí, sargento.

—Pues date prisa.

El agente franqueó con sumo cuidado la puerta para que no se produjera ningún ruido, y el sargento Wangrey pasó al interior de la angosta celda.

Stacy Forrester, vestido con un pantalón y una simple camisa, sin correa ni cordones en sus zapatos, parecía más estúpidamente insignificante. ¿Aquél era el asesino de un hombre tan importante como el senador Hastings? Parecía increíble.

—Hola, Forrester —saludó Wangrey, cuando la puerta se cerraba tras sí, también con sumo cuidado.

— ¿Qué pasa, sargento, van a llevarme arriba? —preguntó Forrester, refiriéndose al tribunal de justicia.

—Eso será pronto —repuso el suboficial, escrutando aquella celda sólidamente construida en los sótanos del Palacio de Justicia.

Ni siquiera tenía ventana, sólo un orificio en el techo, del tamaño de un puño, servía de respiradero. La luz, totalmente eléctrica.

Allí dentro, el preso era invulnerable, incluso contra sí mismo. No había forma humana de suicidarse, pues caso de comenzar a golpearse el cráneo contra la pared de hormigón o la puerta de acero, resultaría demasiado ruidoso y el guardián entraría en acción.

— ¿Ves esta pluma estilográfica, Forrester?

—Sí, sí, ¿qué pasa? —inquirió el prisionero, siempre asustadizo.

—Mírala mejor, vamos.

Forrester obedeció. Frente a aquel sargento de uniforme, y armado, se sentía aún más pequeño, más dominado.

Wangrey oprimió un resorte de la pluma y ésta despidió un gas tan inesperadamente y con tanta violencia que el magnicida no pudo evitar que se le introdujera por las fosas nasales.

Forrester abrió los ojos, sorprendido. Quiso chillar, pero no

pudo. Intentó levantarse, mas cayó sobre el catre. Poco después, respiraba pesadamente.

Wangrey sonrió.

En sus manos aparecieron unos pequeños alicates que había ocultado en su bolsillo. Escogió del pantalón de Forrester el botón que le pareció más grande y lo partió en dos. Luego, tomó la parte mayor y, desnudando las muñecas de Forrester, prosiguió con su plan, estudiado de antemano metódicamente.

Cuando el agente Lorre escuchó tres suaves golpes en la puerta, abrió ésta con sumo cuidado, y no pudo evitar mirar hacia el interior de la celda. La curiosidad podía más que él.

—Se está desangrando —murmuró en voz baja.

—Sí, tiene las manos llenas de sangre y un pedazo de botón en ellas —le explicó el sargento, mientras enjugaba sus manos con un pañuelo—. Vuelve a cerrar la puerta, y no la abras ni mires dentro hasta que te lo ordenen los de arriba, ¿comprendido?

—Sí —asintió el celador, algo asustado.

—Ah, y yo no he pasado por aquí. Si te vas de la lengua, seguirás el camino de ése.

—Comprendido, sargento, pero es que tengo familia...

—No te preocupes. El extra que cobras cada semana como yo, dinero que no viene precisamente del Gobierno, en esta ocasión será mayor por este trabajo especial. Si fallas, lo puedes lamentar tú y tu familia también. Ya sabes que quien nos paga no perdona los fallos.

— ¿Trabajamos para Donovan, señor?

—No te interesa para quién trabajamos. Haz lo que te ordeno y olvídate de preguntar.

* * *

El receso estaba terminando.

Hal Wells permanecía junto al fiscal general de la corte de Chicago, Robert Sherman, quien parecía bastante tranquilo, pese a la enorme expectación suscitada en torno al enjuiciamiento de Donovan.

Los periódicos habían llenado sus primeras páginas con la noticia. La sala estaba abarrotada de reporteros y jerarquías del

mundo del sindicato y de los espectáculos. Entre éstos últimos, muchos trabajaban para Donovan.

—No me ha gustado que Donovan haya conseguido precipitar el juicio con tanta rapidez —gruñó Wells.

No desconocía el poder de Donovan y miraba, receloso, a todos los que entraban en la sala de la corte para ocupar sus respectivos puestos, ya que la causa debería reanudarse al cabo de breves instantes.

—Sus abogados lo han conseguido. Legalmente, tiene derecho, ya que, según él, su honorabilidad se pone en duda y su cargo político-social le obliga a que su respetabilidad sea proclamada. El juicio contra Stacy Forrester tardará todavía un tiempo, ya que Donovan ha logrado que su causa anteceda a la de su sicario —gruñó el fiscal Sherman.

—Sí, y eso no me agrada, porque oficialmente Forrester no ha sido declarado convicto del magnicidio contra la persona del senador Hastings. Honey, el abogado de Donovan y sus colaboradores, pueden buscar argucias legales que impidan que Donovan quede como claro culpable.

—No tema, Wells, usted ha hecho un excelente trabajo. Donovan no escapará. Está bien atrapado, por la confesión de Forrester.

En aquellos momentos se acercó a ellos un hombre alto, de caminar seguro, casi de triunfador, y rostro cínicamente sonriente. Tras él, llevando portafolios, lo mismo que él, tres hombres más.

Se trataba de Edward Honey, el abogado defensor y tres abogados colaboradores suyos. Los cuatro trabajaban en equipo para el multimillonario Donovan.

— ¿Qué tal, caballeros? —preguntó Honey con sorna—. ¿Preparados para reanudar su ya perdida causa?

—Me temo, colega —respondió Sherman—, que es su cliente el que está perdido.

—Yo no opino igual. Juraría que esta misma mañana saldrá del edificio, felicitado por quienes le aprecian y comprenden.

—Es mucho optimismo, Honey —respondió Sherman.

Hal Wells intervino:

—Ni un batallón de abogados sin escrúpulos conseguirá que Donovan escape al castigo que merece.

—Creo, Wells, que alguien debe advertirle que el propasarse en

los epítetos es muy peligroso. Puedo demandarle por un simple insultó. Conozco a fondo las leyes y aunque usted sea un agente federal lo pasaría mal, muy mal.

—Inténtelo, abogado Honey —retó Wells fríamente—. Inténtelo, y después de destruir a Donovan, lo destruiré a usted.

—Es mucha pretensión la suya y, ante sus palabras, mis colaboradores y yo debemos dictaminar lógicamente que es usted un iluso que se cree que va a arreglar el mundo, por el simple hecho de haberle colocado una chapa tras la solapa. He visto a pilletes que se ponen chapas de cerveza sobre sus jerseys y arman tanto ruido como usted.

Honey echó a andar y sus tres colaboradores le siguieron, sonriendo irónicos al agente federal.

La frialdad de Hal le contuvo, impidiéndole reaccionar como hubiera deseado, es decir, disparando su puño contra el rostro de aquel abogado sin escrúpulos.

—Algún día le partiré la cara, Honey.

—Conténgase —pidió Sherman—. Él no le ha amenazado en vano. Puede buscarle pleitos por cualquier motivo fútil, y tendría los testigos que deseara, aunque fuera cometiendo perjurio, un perjurio que nadie lograría demostrar.

—Está bien, Sherman. Me conformaré con ver agriarse su rostro, al escuchar cómo su defendido es declarado culpable.

—De eso podemos estar seguros —asintió el fiscal.

Pasaron a la sala.

Todo el público estaba ya en ella. Los periodistas habían sido registrados para que no llevaran armas. El juez del tribunal ocupó su sitio y, tras tres golpes de mazo, dijo:

—Se reanuda la causa. El estado contra Joseph Donovan. El ministerio fiscal tiene la palabra.

—Gracias, Señoría —dijo Sherman, levantándose de su mesa, tras la cual estaba acomodado también Hal Wells—. Señores del jurado, hemos llegado al momento culminante de este caso: el de demostrar la culpabilidad de Joseph Donovan en el asesinato contra la figura del senador Hastings, mientras el occiso ofrecía un discurso a sus seguidores. Por supuesto, como todos saben, el acusado Donovan no actuó de modo directo. Él podía estar en Chicago o Nueva York, da lo mismo, no le hace falta coartada. Él

sólo encargó el asesinato y debía pagar después.

— ¡Protesto, Señoría! —intervino el abogado Honey, levantándose—. No se ha demostrado aún que mi defendido encargara nada a nadie y, por supuesto, abonara ninguna cantidad después.

—Se acepta la protesta —sentenció el juez.

—Está bien —aceptó el fiscal Sherman—. Se supone que encargó un crimen y debía pagar después la cantidad de diez mil dólares, pago que no ha podido realizarse, debido a que el agente Hal Wells, del Federal Bureau of Investigation, comisionado para este caso, por solicitud expresa a la superioridad del FBI, formulada por el sheriff del condado de Cook...

—Ya conocemos los hechos, querido colega —dijo Honey, burlón, provocando sonrisas.

—Bien, me ceñiré más al momento. Tenemos pruebas en las que se acusa a Joseph Donovan directamente como promotor del asesinato del senador Hastings.

— ¿Y en qué consisten esas pruebas? —preguntó, irónico, el abogado Honey.

—La defensa no interrumpirá al ministerio fiscal —terció el juez.

—Mis disculpas, Señoría. Sólo pretendía que la concurrencia no se aburriera demasiado con las prolijas explicaciones de mi estimado colega.

De nuevo risitas que irritaron a Sherman, pero que no impacientaron a Hal Wells.

Observaba a Donovan, quien aparecía tranquilo, sonriente. De cuando en cuando, saludaba con la mano a alguno de sus conocidos e incluso a un par de mujeres, particularmente a una muy hermosa y de cabello trigueño, que había llegado tarde a la vista y en la que Wells se había fijado en especial. Era de una belleza radiante, y el federal estaba seguro de conocerla, pero no recordaba de dónde.

Donovan también saludaba a algunos periodistas cuando le disparaban instantáneas. No parecía un acusado, sino un vencedor, y aquello molestaba al federal.

—Su Señoría, señores del jurado, el detenido como homicida directo del senador Hastings, Stacy Forrester...

— ¡Protesto! —intervino de nuevo la defensa—. Stacy Forrester no ha sido declarado culpable todavía por un jurado.

—La protesta ha lugar.

—Gracias, Su Señoría —agradeció el defensor—. Hay que significar que el fiscal todo lo está basando en suposiciones, ya que no hay nada demostrado.

—Sí hay demostrado, una confesión escrita y firmada por Stacy Forrester, acusando a Joseph Donovan.

—Muéstrenos esa prueba —pidió el juez.

Sherman, seguro, fue hasta su portafolios. Lo abrió y Wells, a su lado, le sonrió.

—Animo. Pese a las argucias de Honey, el caso es nuestro.

—Claro que sí —respondió en voz baja el fiscal, mientras revolvía en su portafolios cada vez más nerviosamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Wells, ante la impaciencia general de la sala.

—No está la confesión...

—Pero si la ha metido ahí dentro, yo mismo la he visto —replicó Hal.

—Pero no está. No sé cómo ha podido ocurrir.

—¿Qué sucede, señor Sherman? —preguntó el juez, por su parte.

—Su Señoría, la confesión escrita que pensaba presentar como prueba, ha desaparecido —explicó, nervioso, con la frente cubierta de sudor—. Me la deben haber robado.

Los comentarios se elevaron en la sala, y varios flashes se dirigieron al fiscal Sherman y a su portafolios revuelto.

—¡Silencio, silencio en la sala, o la hago desalojar totalmente! —amenazó el juez del tribunal.

Cuando el silencio se hubo conseguido, Honey intervino:

—Es mucho suponer que haya sido robada. Lo que sucede, señores del jurado, es que el ministerio fiscal juega con hipótesis, y para acusar a un hombre de homicidio deben presentarse pruebas.

—Protesto, Su Señoría, yo tenía esa confesión.

—Es cierto, yo mismo la entregué —dijo el propio Wells, poniéndose en pie.

—¡Silencio, silencio, esto es una Corte, no un campo de batalla! Honey recordó:

—Si no hay pruebas, no hay fuerza para la acusación.

—¿Cómo diablos la habrán podido hurtar? —gruñó Sherman,

por lo bajo.

A su lado, Wells fulminó a Donovan con la mirada, quien sonreía más abiertamente.

—La defensa está en lo cierto. Debe haber pruebas.

—Está bien, hay testigos que firmaron la confesión de Forrester. Ellos pueden prestar juramento.

—De acuerdo, llame a esos testigos —accedió el magistrado.

—Uno de ellos es el juez Lamber.

Honey se puso en pie. Sin poder disimular una sonrisa de sorna dijo:

—El juez Lamber falleció en Miami hace cinco días, a causa de un ataque cardíaco. Los periódicos publicaron la noticia. No entiendo cómo mi estimado colega de la acusación ha pasado por alto este detalle.

—Lo habrán asesinado —masculló Wells, sintiéndose cada vez más impotente en aquel mundo jurídico.

— ¡Silencio de nuevo! Señor Sherman, ¿tiene algún otro testigo?

—Sí, el sargento Wangrey. Supongo que no ha sufrido ningún ataque cardíaco.

—Ujier, llame al testigo Wangrey, que se supone debe estar en este edificio.

Tardó algunos minutos, pero al fin apareció el sargento Wangrey. Seguro de sí mismo, pasó al estrado de testigos, jurando sobre la Biblia.

El fiscal lo interrogó, haciéndole recordar la noche en que fuera detenido Stacy Forrester.

— ¿Es cierto que usted actuó de testigo en la ya citada confesión hecha por Stacy Forrester?

—Sí, es cierto.

Hubo un murmullo en la sala. Wells comenzó a respirar más tranquilo. El fiscal, por su parte, reanudó el ataque.

— ¿Es cierto que en la confesión se nombraba a Joseph Donovan como instigador del asesinato, previo convenio de abonar diez mil dólares cuando el crimen estuviera consumado?

—No, no recuerdo tal párrafo.

— ¿No? —exclamó, sorprendido, el fiscal. De nuevo, murmullos en la sala—. Haga un esfuerzo por recordar.

—Lo recuerdo perfectamente. Stacy Forrester, todavía preso del

terror por haber sido introducido en la jaula de los leones de nuestro zoo...

—No lo introdujeron —concretó el fiscal—, se introdujo él mismo.

—Pero podían haberlo sacado a tiempo, antes de que necesitara matar a una de las leonas para defender su vida.

—Creo, Señoría, que lo que se está discutiendo ahora en esta sala se aparta de la causa que se refiere a mi defendido —observó Honey.

—Hay lugar a la protesta. Que el ministerio fiscal se ciña al caso Donovan.

—Bien, Señoría —aceptó Sherman, exhalando un suspiro. Encarándose con el sargento, le preguntó—: ¿Jura usted que no se nombraba para nada a Joseph Donovan en la confesión que firmó Stacy Forrester?

—Lo juro.

—No obstante, ello demuestra que hubo confesión escrita de Forrester, y demuestra también que me ha desaparecido.

—Lo que demuestra es que ha desaparecido o se ha extraviado más o menos voluntariamente —observó el defensor—. El sargento acaba de dejar bien claro que a mi defendido no se le nombró para nada.

Hal Wells comprendió que era inútil increpar a aquel sargento de la Metropolitana. Supo que, en adelante, tendría un encarnizado enemigo en él. Era indudable que trabajaba para Donovan.

—Señoría, he terminado con el testigo —admitió Sherman con rostro grave, dirigiéndose a su mesa.

—¿Desea la defensa interrogar al testigo?

—No es necesario, Señoría, el ministerio fiscal ya lo ha hecho por mí —repuso Honey, burlón.

—El testigo puede retirarse.

—Desmiéntalo —pidió Hal Wells al fiscal —desmiéntalo con el propio Forrester.

—Sí, eso voy a hacer.

—¿Desea presentar algún otro testigo el ministerio fiscal?

—Sí, Señoría, al propio Stacy Forrester. El podrá corroborar lo que escribió y firmó la noche en que fue arrestado. Está en una de las celdas de este mismo edificio, esperando ser juzgado.

El juez miró a la defensa, y Honey asintió:

—Ante todo, debe esclarecerse la verdad de los hechos, la verdad de que mi defendido es inocente de los cargos que se le imputan. Por tanto, accedo al testimonio de Stacy Forrester, supuesto homicida del senador Hastings. El mismo será quien aclare la situación, dejando en completa libertad a mi defendido.

— ¡Que llamen a Stacy Forrester!

Se elevaron múltiples comentarios en la sala, y los periodistas enfocaron sus cámaras hacia la puerta de testigos.

El juez no cortó los comentarios, dejando que los asistentes se desahogaran hasta la llegada del importante testigo.

Al fin, la puerta se abrió.

Ante la decepción general, sólo apareció el ujier. Rápidamente, se acercó al juez y le habló en voz baja. Poco después, el magistrado solicitaba silencio con su mazo.

—Es mi deber notificar a los presentes que Stacy Forrester, supuesto asesino del senador Hastings, con un botón partido de su propia indumentaria, ha conseguido segarse las venas de sus muñecas, quitándose así la vida, hace pocos instantes. Que Dios se apiade de su alma.

Hal Wells palideció. Aquello era demasiado. Donovan seguía ofreciendo su rostro sonriente y tranquilo a los muchachos de la prensa, mientras los comentarios menudeaban a su alrededor.

—Esto es el fin —gruñó Sherman, junto al federal.

— ¡Silencio! —demandó el juez, obteniéndolo tras varios mazazos—. Debido a las circunstancias, he de pedir al ministerio fiscal si tiene algo más que añadir u objetar. Por supuesto, el suicidio de Forrester será estudiado a fondo por la autoridad competente.

—No, Señoría, no tengo más que añadir —aceptó Sherman, vencido.

—Bien. El jurado deberá emitir su veredicto, ateniéndose estrictamente a lo expuesto durante esta causa, y olvidando las pruebas no presentadas y los testigos que no han podido prestar juramento. Retírense a deliberar.

Tras unos comentarios entre ellos, el presidente del jurado se puso en pie y dijo:

—Señoría, no es preciso retiramos a deliberar. Ya hemos llegado

a un acuerdo.

—Pues expóngalo. Que se levante el acusado Joseph Donovan.

—Inocente —declaró el presidente del jurado.

—Joseph Donovan, ha sido declarado inocente de los cargos que se le imputaban. Queda, pues, en completa libertad. La causa ha terminado.

Hubo más fotos. Relampaguearon los flashes como una violenta tormenta de verano y Donovan estrechó muchas manos. Mas, un rostro se le puso delante; era el de Hal Wells.

—Este juego no ha terminado, Donovan.

—Ah, si usted es el agente que trató de involucrarme. Menos mal que la justicia prevalece. En fin, no le guardo rencor —dijo cínicamente. Después añadió—: No olvide decirme cuáles son sus flores preferidas, recuerde lo que hablamos en nuestro primer encuentro —y se alejó, departiendo con sus abogados y demás colaboradores.

Hal Wells comprendió que Donovan lo había sentenciado a muerte. El millonario debía haberse movido mucho para escapar a aquella ratonera, e incluso habían tenido que morir dos hombres para que todo le saliera redondo. No, no iba a perdonarle.

Hal Wells no se preocupó lo más mínimo por la sentencia a muerte que aquel rey del hampa había dictado contra él, y que ahora gravitaba sobre su cabeza.

Wells se repetía que aquel juego no había terminado y que Donovan, por muchos millones y poder que tuviera, no escaparía a la justicia mientras él pudiera impedirlo, y lo impediría, aunque dejara la piel en ello.

CAPITULO IV

La llama del mechero prendió luego a la punta del cigarrillo que Hal Wells sostenía entre sus labios.

—Este caso no ha terminado, inspector —dijo a su superior, que permanecía sentado tras la mesa despacho, mientras él estaba en pie.

—Wells, te aprecio mucho, pero debes entender que el caso del asesinato del senador Hastings ha sido cerrado.

—Sí, el culpable directo ha pagado con su vida y ya está enterrado. Todos los que clamaban justicia y venganza están satisfechos, paseándose por el cementerio y deteniéndose frente a una lápida barata en la que se lee: «STACY FORRESTER».

—Muchacho —le reconvinó el inspector federal, que casi le doblaba la edad y que le trataba de modo paternal—, das la impresión de sentirte fracasado.

—Mientras Donovan esté libre, sí.

— ¡Te equivocas, tú no has fracasado! Capturaste al asesino directo del senador, y también a Donovan y lo metiste entre rejas. Si la justicia de Illinois lo ha dejado en libertad, no es asunto del Federal Bureau of Investigation.

— ¿Y un peligroso asesino como Donovan ha de seguir libre en la calle, jactándose de poder dominar a la mismísima justicia?

—Voy a decirte dos cosas, muchacho. La primera es que si este caso fuera llevado por nuestro departamento, yo te comisionaría de nuevo hasta que lograras atrapar a Donovan, pero no es incumbencia del FBI. La segunda razón es que hay muchos criminales sueltos deambulando entre las personas honradas, no sólo en Chicago, sino en todo el mundo, pero, a la larga, caen todos.

—No estoy muy seguro de eso, inspector. Los más poderosos suelen morir de viejos y en la cama, riéndose de los que, como nosotros, pretendemos hacer respetar la ley. Sólo caen las ratas

insignificantes como Stacy Forrester porque los cerebros del crimen, los que promocionan la inmundicia y luego visten de etiqueta, son más fuertes que nosotros mismos, y eso he podido comprobarlo en la Corte.

—Esa es una Corte estatal, no federal, ¿cómo hacértelo comprender?

—Pero han habido crímenes lo mismo.

—Sí, mas no son de nuestra incumbencia. Por cierto, tengo aquí la carta que me ha enviado el sheriff del condado de Cook, que es, en realidad, quien pidió nuestra colaboración. Escucha, te extractaré lo más importante de lo que me ha escrito.

Hal Wells se dejó caer en un butacón mientras fumaba parsimoniosamente en apariencia, pues en su mente bullían las ideas.

—Suéltelo, inspector. Ya sé que va a decir que está muy agradecido por nuestra colaboración.

—Exacto. Agradece nuestra ayuda que, según él, ha sido decisiva, pues el agente Hal Wells, al que propondrá para una medalla al mérito y al valor...

—Que se la guarde.

—Hal, no seas tan expeditivo —le reconvinó su superior—. Recibir medallas siempre va bien, y más, de cara a la galería; luego, nuestro departamento cobra confianza.

—Yo no tendré confianza en la ley hasta que vea caer a Donovan.

—Créeme que si estuviera en mi mano te lavaría el cerebro, haciéndote olvidar a Donovan. Un agente en funciones no debe tener nunca casos personales, y tú lo sabes. Es la ley contra el crimen. Si un agente se halla a mitad de un caso y se le releva, debe dejarlo tranquilamente y dedicarse a cualquier otro con la misma intensidad. Nosotros trabajamos con método, no por intereses personales y vengativos.

—Siga diciéndome lo que ha escrito el sheriff —sugirió Hal para cortar la bronca de su superior.

—Está bien. Termina su carta diciendo que el caso está cerrado, y que nuestros servicios ya no son necesarios. ¿Comprendido?

—Vamos, que la policía estatal ya no quiere averiguar más sobre el caso.

—Porque está terminado. Donovan ha sido puesto en libertad. Oficialmente, es inocente de los cargos que se le imputaron.

—Entonces, hay que buscarle otros cargos.

— ¿Cuáles, acusarle de la muerte del juez Lamber? Si murió de un ataque cardíaco...

—Puede, pero es demasiado coincidente. Lo que no me gustó fue el suicidio de Forrester.

—Fue lógico. Un hombre acorralado, hundido. La verdad es que tuvo que estrujar su imaginación. Se cortó las venas con un botón partido. Es difícil, pero quien tiene ansias de suicidarse es capaz de todo.

—Sí, pero pudieron ayudarle a poner fin a su vida.

—El dictamen de los técnicos es terminante: suicidio. Y nadie se acercó por la celda en su última hora de vida, según el informe del celador.

—Sí, lo admito, pero hay un hombre que no me cae bien en todo este asunto.

— ¿El sargento Wangrey?

—Sí, mintió.

—No sería el primero que cometiera perjurio. Su palabra era lo único que podía perjudicar a Donovan, quizá lo hayan extorsionado.

—Desde luego, pero no se puede probar, ya que la confesión no existe, y es su palabra contra la tuya. Lo que no se puede probar no constituye delito.

—No me agradan los términos jurídicos.

—A ti te gusta la ley de la fuerza. Creo, muchacho, que tu padre te enseñó a vivir como lo hicieron nuestros antepasados hace cien años en el Oeste. La ley del más fuerte.

—De aquella forma se consiguió acabar con muchos asesinos.

—También cayeron muchos inocentes.

—Bien, pero y ahora, ¿qué?

—Nada. Serás trasladado al departamento de California, donde se te comisionará para otro caso. Donovan no es el único hombre al que la ley persigue en este país.

— ¿Que he de ir a California?

— ¿Qué sucede? ¿No estás hablando siempre de que te gustaría pasar unas vacaciones allí?

—Inspector, deseo continuar en Chicago.

- ¡No! En Chicago ya nada tienes que hacer.
- Sí tengo. Donovan ha de caer.
- El destino ya se encargará de ello.
- El destino me ha elegido a mí.
- Eres muy presuntuoso.
- Inspector, acabo de tomar una determinación.
- ¿Se puede saber cuál es?
- Abandono el FBI.
- ¿Que...?

El inspector brincó en su silla, poniéndose en pie. No podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

- Lo que ha oído. Dejo al Federal Bureau of Investigation.
- ¿Y por qué?

—Si dejo el cuerpo, ya no debo dar explicaciones a nadie.

—Hablas como un muchacho de esos de la nueva ola, un revolucionario. En el FBI y en todas las instituciones debe imperar la disciplina.

—Por eso abandono al FBI —insistió sin inmutarse, fumando tan tranquilamente, que irritó más a su jefe.

— ¿Te has creído que has iniciado una guerra personal contra Donovan?

—Sí.

—Pues entiende una cosa, en una guerra personal entre tú y Donovan, él te aplastaría porque tiene mucho más poder, y tú estás solo.

—Eso de que me aplastaría, aún está por ver.

—Tu padre no hizo de ti un buen luchador, sino un perfecto rebelde y, además, un engreído.

—Un buen luchador debe ser un buen rebelde. Un buen luchador jamás se convierte en carne de cañón poniéndose al frente de la tropa y marcando puntualmente el paso. No, un buen luchador es el que, siendo uno, es capaz de parecer mil.

—Desvarías.

—Le demostraré que no.

— ¿Cómo, luchando contra Donovan y su organización?

—Sí.

—La policía de Chicago pidió nuestra colaboración, pero no admitiría la intromisión del FBI. Sabes de sobras que, aunque en las

revistas el FBI sale dando la mano a la policía estatal y sonriéndose mutuamente, siempre hay roces y pequeñas rivalidades propias de hermanos. No, decididamente no lo tolerarían, y nuestro departamento saldría perjudicado. No puede ser.

—Es que yo no pretendo que el FBI se entremezcle en un asunto estatal.

— ¿Ah, no?

—No, ya le he dicho que dejo el FBI.

— ¿Sigues emperrado en esa absurda determinación?

—Sí. Le entregaré mi dimisión por escrito.

— ¿Es que crees que las decisiones se pueden tomar tan a la ligera? Ahora soy del FBI, ahora no lo soy... Luego, si es que sigues con vida, lo cual dudo mucho, vendrás llorando a pedir que te readmitamos.

—Si no me admiten de nuevo, optaré por un sucedáneo.

— ¿Un qué...?

—Por un sucedáneo. Me haré detective particular. Dicen que ganan mucho dinero.

—Muchacho, te aprecio más de lo que mereces. Si vas desprotegido, a cuerpo limpio, para atacar a Donovan, no durarás nada. Ya no tendrás la protección de la policía. El FBI tendrá las manos atadas en este caso, y si Donovan, como se ha demostrado, tiene a hombres sobornados dentro de la Metropolitana, vas a pasarlo muy mal. No sólo te perseguirán esos hampones, sino también la policía. Donovan puede movilizar a la ciudad contra ti.

—Eso es magnífico.

Los ojos del inspector quedaron atónitos ante la desconcertante expresión del todavía agente federal.

— ¿Has dicho «magnífico»?

—Sí, pensaba ser un cazador en busca de una difícil presa llamada Donovan, pero ahora, vistas las cosas, creo que el juego será más divertido, convirtiéndome yo en la presa.

—Eres insultantemente desconcertante.

—Comprenda, inspector. Voy a hacer que Donovan y toda su jauría me persigan. El será el cazador y yo la presa.

—Esa jauría te va a despedazar vivo.

—Todas las presas no son conejos, inspector, también hay tigres que acaban devorando al cazador. Sólo hay que poner mucha

astucia en la cacería. El puesto de la presa perseguida tiene mucho riesgo, pero también una gran ventaja.

— ¿Cuál?

—Verá, la presa, al verse atacada por el cazador que cree tener todas las bazas a su favor, para protegerse, observa y descubre todos los medios de los que dispone su cazador. Conoce exactamente entonces cuáles son sus fuerzas y poderes, y busca en ellos el resquicio por dónde atacarle. En una palabra, se trata de jugarle sucio.

—Eso no te lo enseñaron en Quantico.

—No, me lo ha enseñado la vida real y, como actuaré por mi cuenta y riesgo, si cometo alguna irregularidad, nadie puede acusar al FBI.

—Pero si cometes alguna irregularidad, los abogados de Donovan conseguirán una orden de arresto contra ti, y él tendrá suficiente con sentarse en un sillón delante del aire acondicionado y esperar a que la policía haga su trabajo. Luego, no habrá quien te saque de la cárcel porque, si decides cometer esa locura, el FBI se desentenderá de ti.

—Acepto los riesgos de esta cacería.

—Pero no pretenderás asesinar a Donovan, ¿verdad?

—Si no queda bien demostrado que es un asesino, con pruebas irrefutables, no dispararé contra él. No estoy tan loco de querer colgar de una soga, pero yo haré que primero se ponga incómodo, luego nervioso, y finalmente en tensión, de tal modo que acabe explotando y me busque, como un loco.

—Estilo Oeste. Al final, un desafío y el más rápido gana. ¡Estamos finalizando el siglo veinte, no es necesario que te lo recuerde! —chilló, casi fuera de sí.

—Yo no he dicho tal cosa, inspector. No se trata de ser más rápido, sino más astuto. Donovan es un cáncer para la sociedad, es más peligroso que un vulgar asesina-mujeres de esos que hacen estremecer a las porteras. Donovan es un hombre que sabe hacer el mal y protegerse las espaldas. El senador Hastings iba a frenarle los pies en su campaña contra los hombres como él, por eso lo hizo liquidar. Y luego, ¿qué? ¿Se le ha podido culpar del crimen? ¡No!

—Ya te he dicho que el destino hará que Donovan caiga.

—Y yo le he dicho que, para Donovan, el destino se llamará Hal

Wells.

—Aunque tu intención sea buena en el fondo, no puedo aprobarla. El fin no justifica los medios.

—Por eso Donovan vive tan tranquilo. Mas se ha tropezado conmigo, ha tenido mala suerte.

—Sí, se ha topado con un hombre que no puede estarse quieto, un luchador nato, un hombre que no respira tranquilo hasta que un caso ha sido rematado.

—Exacto. Lo siento, pero así me trajo al mundo mi madre y así me educó mi padre. Si un tumor no se extirpa de raíz, sigue creciendo y el daño se mantiene, todo el cuerpo continúa enfermo. Pregúntele a un cirujano qué hay que hacer en un caso semejante. Le responderá que el tumor, cueste lo que cueste, debe ser extirpado totalmente. Sólo así puede sanar el enfermo.

—O morir.

—Es posible, pero como de todos modos ya me han preguntado qué clase de flores me gustarían para mi entierro, se lo diré a usted también, por si Donovan no se acuerda de traérmelas, en el caso de que el cazador logre abatir su presa.

— ¿Ah, sí? ¿Y cuáles son tus flores preferidas?

—Los crisantemos, huelen a fúnebre —se puso en pie y se dirigió a la puerta. Al llegar a ella, ante el mutismo de su superior, se giró para añadir—: Ya le enviaré mi dimisión, inspector, y ciento que no estemos de acuerdo.

CAPITULO V

Xina Plaid se movía con ligereza mientras, delante del micrófono, cantaba una melodía algo agitada.

Trigueña, de largos y lacios cabellos, calzaba altas botas de piel y vestía una diminuta falda a cuadros escoceses y jersey sobre el cual destacaba un gran medallón de oro estilo azteca. Xina comenzaba a ser una figura señera entre la juventud nueva ola.

Los auriculares que se pegaban a sus orejas no le restaban belleza. A través de ellos, escuchaba la música grabada previamente en cinta, y a la que ella acoplaba su voz para terminar la grabación.

— ¡Listos! —dijo el director de grabación, poniéndose en pie.

Junto a él, sentado, Joseph Donovan parecía muy complacido. A sus espaldas, dos hombres altos y fornidos observaban el baile de la chica, que acababa de terminar.

— ¿Cómo ha quedado? —preguntó Xina Plaid, quitándose los auriculares y saltando del entarimado.

—Magnífico —le dijo el director de grabación—. Saldrá un disco que será todo un hit.

—Mientras los disc-jockeys hablen mucho de él —comentó Xina, apartándose el cabello del rostro con ademán natural y no exento de femineidad.

—Yo me encargaré de promocionarlo, pequeña. Verás como vendemos muchos redondos en poco tiempo.

Xina se encaró con Donovan:

— ¿Lo haces sólo por ayudarme o porque crees que valgo?

—Si valieras mucho, no me atrevería a promocionarte. Venderíamos muy poco. Hay que ser malo para vender mucho.

— ¡Donovan! —exclamó Xina, con gesto molesto.

—Vamos, pequeña, sólo ha sido una broma. —Se encaró con sus empleados de la grabadora, pues todo allí llevaba la firma Donovan, y apremió—: Quiero que salga pronto para que en tres días

podamos lanzar al mercado los primeros redondos y, si resulta, grabaremos otros en seguida y luego un L.P.

— ¿Es que tienes miedo? —preguntó Xina—. Si yo ya he salido dos veces por la NBC, y he grabado dos discos...

—Sí, pero eso fue en Georgia. Aquí, el mercado es más fuerte y hay demasiada competencia. Hay que hacerlo todo con calma. No te preocupes, que cuando te descuides estarás en la cumbre, y hasta Sinatra te vendrá a pedir un autógrafo.

El director de grabación carraspeó.

—Señor Donovan, tenemos otros discos en preparación, que anteceden al de Xina.

—Pues que esperen los demás. Primero el de ella, ¿comprendido?

—Como usted ordene, señor Donovan.

En aquel momento se abrió la especial y gruesa puerta del estudio que mientras se grababa permanecía cerrada por un dispositivo automático que también accionaba la luz de un rótulo rojo que pedía: «SILENCIO, POR FAVOR».

Todos volvieron sus caras hacia el que acababa de entrar.

Era un hombre cuya edad no sobrepasaría la treintena. Vestía caro y llevaba el cabello muy largo. Flaco y de piel blanquecina, no parecía albergar mucha vitalidad. Su mirada no era franca, y cualquiera hubiera desconfiado de su sonrisa.

La camisa que lucía, siguiendo la última moda, era con chorreras, lo que disparaba los nervios de Donovan.

—Lester, pasa.

Lester se unió a Xina y al multimillonario.

— ¡Hola! ¿Es el nuevo descubrimiento? —preguntó, refiriéndose a la chica.

—Sí, y canta muy bien. Tendrá éxito.

— ¿Canta bien? Me gustaría oír la grabación que ha hecho. He estado fuera aguardando, pues la puerta estaba cerrada.

—Pues si quiere oírme, pueden pasar la cinta grabada —sugirió la muchacha que, como toda mujer, deseaba sentirse halagada, aunque Lester no era su tipo.

—No, ya la escucharás en un redondo, cuando estén. Ahora, los técnicos están trabajando con la cinta, y no hay que molestarlos. Por cierto, Xina, ¿conocías a Lester?

—Creo que no nos hemos visto nunca —dijo Lester, anticipándose a la respuesta femenina.

—No, no lo conocía, pero...

—Lester es mi sobrino. Dicen que si no se tienen hijos se tienen sobrinos para que le saquen a uno los ojos.

—Si vas a insultarme, me largo.

—Tú te largarás cuando yo lo ordene, imbécil. ¿Es que crees que voy a pagar los vicios y dejar mi fortuna al imbécil que a mi hermana se le ocurrió traer al mundo, sin que a mí me sirva para nada?

—Bueno, yo iba a marcharme ya... —dijo Xina Plaid sintiéndose incómoda.

—Ya has oído, Lester, la chica se quiere ir. Acompáñala. La verdad es que no hacéis mala pareja, sí, eso es, no hacéis mala pareja.

—Por mí no se molesten, sé ir sola. Tengo el coche abajo —dijo Xina.

—Yo tengo uno deportivo precioso, gracias a mi tío —indicó Lester.

—Sí, está decidido —sentenció Donovan, tras pensar levemente—. Lester, tú te encargarás de acompañarla a todas partes. Le hará falta escolta cuando tenga el éxito que voy a proporcionarle. Cuando haga falta, te llevas a dos o tres de los muchachos para que la molesten poco.

—Todavía es temprano para eso, ¿no? —preguntó Lester, sonriendo.

—Yo creo que no me hace falta ninguna clase de escolta.

—Tú harás lo que yo te indique, querida.

—No se te vaya a olvidar que Donovan manda siempre, los demás obedecemos —arguyó Lester.

—Es una de las pocas cosas sensatas que el chico dice. Bueno, yo me encargaré de llevarte una nube de fotografías de la prensa gráfica dentro de tres o cuatro días, cuando tu lanzamiento se inicie.

—Donovan, sé que hay que ser promocionada, pero me agradaría que mi lanzamiento fuera menos ficticio, menos comercial. Yo canto y, si tengo éxito, que la prensa se preocupe de mí.

—Es ingenua la chica, ¿verdad? —inquirió Lester con sorna, al tiempo que sus ojos no dejaban de acariciar el cuerpo hermoso y fresco de la muchacha.

—Mira, pequeña, voy a lanzarte a la fama, al estrellato. Vas a ganar mucho dinero, pero todo, todo, me lo deberás a mí, y no a tu voz o gracia personal.

Un relámpago de furia fulguró en las hermosas pupilas castañas de Xina Plaid, mas logró contener las palabras que pugnaban por brotar de su boca.

—Será lo que tú digas, Donovan.

—Bien. Lester, ya puedes acompañarla —cogió a su sobrino por el brazo y, pese a que el millonario era mucho más bajo que él, aunque más fornido y seguro de sí, le apretó con fuerza, al tiempo que silabeaba—: Con esta chica, te guardas tus instintos, ¿comprendes?

— ¿Es intocable? —preguntó Lester, sonriendo con cinismo, pese al dolor que la mano le hacía en el brazo.

—Sí. Yo sé lo sucio que eres, cuando te sueltas. Ah, y tampoco quiero que te la llesves con tus amigos los hippies.

—Si ella ya viste casi como una...

Donovan le cortó:

—Te he dicho que no la mezcles con tus amigos. No tolero que tome drogas ni se embarre hasta que haya sido lanzada. Luego, que haga lo que le dé la gana.

Xina miraba a uno y a otro sin intervenir.

Le molestaba que discutieran sobre su moralidad, pero sabía que si se le prohibía la entrada en el rascacielos Donovan, su éxito iba a ser ya más que dudoso.

Habían demasiadas chicas como ella, ansiosas de fama, que golpeaban las puertas de las casas grabadoras y de las radiodifusoras.

—De acuerdo, la conservaremos tal como está. A lo mejor, todavía es virgen.

Xina enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Creo que mejor me marcho sola.

—No, tú irás con Lester y él me responderá por ti.

Xina Plaid, comenzando a sentirse atrapada, abandonó los estudios de grabación Donovan, acompañada de Lester.

Pasaron al ascensor que habría de conducirles al garaje particular del rascacielos, mientras el sobrino del poderoso multimillonario le explicaba:

—Tendrás que habituarte a Donovan. Él y sólo él manda.

—Sí, ya veo.

—Yo también obedezco porque todo acabará siendo mío.

Xina lo miró con desprecio, pero él no se enteró; estaba demasiado embebido contemplándose a sí mismo en el espejo de la cabina del ascensor.

—Sí, pero no sé si podré aguantar mucho.

—Tendrás que hacerlo. Por cierto, ¿de dónde eres?

—De Georgia.

—¿Sudista? Yo he llegado hoy mismo de Miami, allí he pasado unos días.

—¿Mientras tú tío era juzgado?

—Sí, prefería estar lejos de él. Se pone de muy mal humor si ve que me río de él cuando se encuentra en algún aprieto, y en la Corte no hubiera podido por menos que carcajearme.

—Sí, pero tu tío ha sido absuelto.

—Sí, es muy listo. Nunca lo cazarán.

—No creí que su sobrino lo considerara culpable.

—¿No?

—Por tus palabras, deduzco que lo crees culpable —insistió ella, que confiaba en la inocencia de Donovan.

Lester desvió la conversación. No le convenía decir que él, en Miami, había permanecido constantemente muy cerca de un avión particular de su propiedad.

Sabía que si las cosas se ponían mal para su tío, también se pondrían para él. Después de todo, hacía muchos trabajos sucios para Donovan, y, si había que escapar, tenía que ser a tiempo y en dirección a cualquier país sudamericano.

Estando ya en Miami, era fácil alejarse aprisa; sólo tenía que estar en contacto con Chicago a través del teléfono, e irse enterando del curso de los acontecimientos.

—¿Hacia dónde quieres ir?

—A tomar el aire, me hace falta. He pasado muchos nervios hoy.

—¿Es tu primera grabación?

—No, tengo dos más, pero eran de tiradas muy limitadas.

El deportivo de Lester, costado por su tío, lo mismo que cuanto usaba, resultó ser un «Porsche» último modelo. Xina se olvidó de su viejo y pasado de moda «Chrysler», aunque a ella le servía como medio funcional de locomoción, pese a la enorme cantidad de gasolina que gastaba.

Abandonaron el garaje del rascacielos Donovan, y se hundieron en el tráfico ciudadano. Era ya noche cerrada.

—Puedes escoger la ruta del paseo. Lo mismo puedes airearte en el parque Lincoln que, si lo deseas, vamos hasta el aeropuerto y con mi avioneta nos llegamos a Nueva York.

— ¿Hasta Nueva York?

—Sí, y luego volvemos.

—No, hoy no. Ya tengo suficientes nervios. Daremos una vuelta por el parque tan sólo.

—Como quieras, pero me estás saliendo distinta a las otras chicas. En cuanto les hablo de llevarlas de paseo con avión se ponen a temblar emocionadas, y luego no me las puedo sacar de encima. No creí que tú te negaras.

—Pues ya ves, soy diferente.

Con el «Porsche» se introdujeron en el gran parque Lincoln.

La severa estatua del antiesclavista cuáquero permanecía iluminada por luces indirectas, mas Lester no se entretuvo en contemplarla. Condujo su coche directamente a una zona llena de setos y árboles, y que semejaba muy tranquila, excesivamente tranquila.

—Podemos pasar aquí un rato.

Xina miró en derredor y luego el rostro de Lester no le gustó.

—Creo que ya me he aireado bastante. Vamos.

—Vaya, la paloma es asustadiza.

Pese a las órdenes terminantes y concretas de su tío, Lester intentó propasarse.

— ¡Déjame en paz, se lo contaré a tu tío!

—Vamos, tonta, tú no le dirás nada.

Se abrió la portezuela que correspondía al lado del volante y, antes de que Lester pudiera evitarlo, una mano recia, segura, le cogió por el cuello de la chaqueta. Materialmente, lo sacó del interior del auto.

— ¿Eh, qué hace usted? —gruñó, sorprendido y furioso al

mismo tiempo, por la inesperada intervención.

—Deje en paz a la chica.

— ¿Quién diablos se ha creído que es usted?

—Hal Wells.

— ¡Pues le voy a partir la cara, entrometido!

—Es lo que estaba esperando —repuso, tranquilo, Wells.

Lester hundió la mano en el bolsillo y sacó algo que resultó una navaja automática de hoja afilada, y que quedó desnuda tras la opresión de un resorte.

Antes de que su enemigo pudiera manejar el cuchillo con soltura, Wells le golpeó en la muñeca, haciendo soltar el acero por el aire. Luego, sin miramientos, le golpeó el estómago y la nuca con un golpe de karate.

Desplomándose como un saco de patatas, Lester quedó tendido en el suelo.

Xina Plaid, que se había apeado del coche, preguntó asustada:

— ¿Lo ha matado?

—No, sólo ha recibido unos golpecitos de nada. El chico es muy blando. Ahora, vamos.

— ¿A dónde?

—A mi coche, no está lejos de aquí.

—Yo le conozco, usted es el agente federal que detuvo a Donovan, ¿verdad?

—Sí.

—Le vi en el juicio.

—Y yo también a ti, preciosa; las caras bonitas nunca se me olvidan.

— ¿Ha venido siguiéndonos?

—Si.

— ¿Por qué quiere detenerme?

—Sólo pretendo que me acompañes, vamos a mi coche —le ordenó más que sugirió, cogiéndola del codo con firmeza.

—Pero Lester está en el suelo, ¿va a dejarlo tendido ahí?

— ¿Te preocupas por él?

—Es deber de humanidad, aunque el sujeto nos repugne.

—Pues olvídate de él. Dentro de unos minutos recobrará el conocimiento, y no le habrá pasado nada, sólo le dolerá un poco la cabeza.

Xina, arrollada por la personalidad de Wells, se dejó conducir hasta el «Ford-Mustang», al que unas semanas antes le habían cambiado el cristal parabrisas, perforado por un balazo.

— ¿A dónde me lleva? —preguntó ya dentro del coche.

—A dar un paseo. Mientras, charlaremos.

— ¿Me llevará a la jefatura de policía?

— ¿Tienes miedo de que así sea?

—No, no he hecho nada —respondió algo preocupada, lo que hizo fruncir ligeramente el ceño a Hal.

—No, no voy a llevarte a la jefatura, sólo a darte un paseo y para tu buen gobierno te diré que sólo sabes de mí una parte.

— ¿Una parte? Sé que es agente federal y que detuvo a Donovan, pero como a Donovan lo absolvieron, ya nada puede contra él.

—Nada podría, si actuara por cuenta del FBI o la policía estatal, pero no es así.

— ¿Quiere decir que está obrando por cuenta propia? —inquirió Xina, mientras él ponía el coche en marcha, sacándolo del parque Lincoln.

Se sumergieron de nuevo en las farragosas calles de la gran ciudad que tanto crimen había conocido.

—Sí, esto es asunto particular mío. Ya no pertenezco al FBI, he presentado mi dimisión.

— ¿Su dimisión, por qué?

—Porque voy a acabar con Donovan extralegalmente.

— ¿Quéeee? Eso no puede ser. Las leyes dicen que no se puede tomar la venganza por nuestra propia mano, es decir, la justicia. Eso está penado.

—Al diablo las leyes. Voy a jugar sucio como hace Donovan. Él también dice «al diablo las leyes, la ley soy yo».

—Pero Donovan es inocente. Quedó probado en el juicio.

—En el juicio no se probó que fuera inocente, sino que no habían pruebas para condenarle porque él las fue eliminando todas. Donovan se sabe protegido. Tiene poder, millones, secuaces, y algo más, que le protege muy bien.

— ¿Y qué es ese algo más?

—No lo sé, y me dispongo a averiguarlo, como sea. Terminaré con él.

—Parece odiarlo.

— ¿Odiarlo? No, odio al crimen, pero no al hombre. Si él se presenta a las autoridades y confiesa sus culpas, y luego es juzgado imparcialmente, yo aceptaré las penas que se le impongan y no lo odiaré lo más mínimo. No odio, muñeca, simplemente que debo acabar con él, por necesidades de la sociedad en que vivimos. Viviendo él, peligran inocentes.

—Donovan no es tan malo como usted da a entender. Es rico, tiene hombres que le sirven, es algo despótico en el trato, pero como él hay otros muchos financieros propietarios de grandes empresas.

—Eso no lo pongo en duda, pero esos grandes financieros de que me hablas no van por ahí asesinando a quienes les estorban, y ensuciando la ciudad con inmoralidades. Hay una serie de espectáculos amorales en el rascacielos Donovan, que hacen sonrojar a cualquiera.

—Yo estoy mucho tiempo dentro del rascacielos Donovan y no he visto tales espectáculos. Sólo proyectan algunas películas u obras teatrales un poco picantes, con chicas ligeras de ropa, pero no pasa de ahí.

—Eso es lo que resulta fácil de ver al público en general, pero hay otros lugares en el rascacielos Donovan que, por lo visto, tú desconoces —le replicó él, mientras rodaba con su «Ford» bajo las farolas de la gran ciudad—. Tales lugares son muy lucrativos para Donovan, ya que los cobra a precios especiales.

—Si fuera tal como dice, la policía le hubiera cerrado los locales.

— ¿La policía? Los agentes que tienen la misión de vigilar allí, están sobornados. Donovan sabe siempre lo que se hace.

—Eso no puede ser cierto. Además, sigo opinando que es inocente porque en el juicio se le declaró así, y creo en la justicia americana.

—Yo también confío en la justicia americana, pero no en algunos que se ven mezclados en ella. Un policía, por el hecho de serlo, no es un hombre forzosamente honrado. En el sargento Wangrey, tienes un ejemplo. Mintió para salvar a Donovan.

—El perjurio está castigado por la ley. ¿Cree que un sargento de la policía se expondría a cometerlo?

—Sí —fue la respuesta categórica—. Ahora, hablemos un poco

de ti.

— ¿Qué quiere saber de mí? ¿También me considera culpable de horribles crímenes?

—No, por supuesto que no. Sé que eres una chica que quiere triunfar cantando.

— ¿Es malo eso?

—No, más bien diría que es loable, pero sé lo difícil que es alcanzar la fama y de buen principio ser promocionada por un hombre de la importancia de Donovan.

— ¿A dónde quiere ir a parar?

Hal se mantuvo en silencio unos segundos, con el pretexto de salvar un cruce plagado de semáforos en una de las importantes plazas de Chicago. Al fin, respondió:

—Te he venido observando y he comprobado que tienes fácil acceso al rascacielos Donovan.

— ¿Me ha vigilado?

—Sí, y me agradaría saber por qué te protege Donovan.

—A mí Donovan no me protege, me promociona, que no es lo mismo. Si pretende buscar culpas o pruebas contra Donovan a través de mí, pare su coche, que deseo apearme. Después de todo, ya me ha dicho que no es de la policía.

—No seas chiquilla. No te apearás hasta que yo lo diga.

— ¿Con qué atributos me ordena?

—Vamos, Xina, acabaré con Donovan de la forma que sea. No me crees problemas, facilítame las cosas en lo que puedas.

—Creo que el peligroso no es Donovan, sino usted.

—Es posible. Yo le demostraré que se puede luchar contra él.

—Es un obseso de la justicia, que acabará siendo condenado por ella.

—Si antes he terminado con Donovan, no me preocuparé demasiado. Para las grandes obras se precisan víctimas. Volviendo a ti, todavía no me has dicho por qué te protege, digo, promociona Donovan.

—Supongo que porque mi voz le parece buena, y eso puede resultar un negocio para él.

—Vamos, vamos, menos pretensiones. No dudo que tu voz sea buena, pero Donovan podría promocionar hasta los rebuznos de un burro, y seguro que ganaba dinero. Sólo tendría que gastarse unos

millones en publicidad, y buscarle un nombre con gancho.

—Es usted tan grosero como... —se detuvo en su expresión.

— ¿Cómo qué, o cómo quién?

— ¿Qué importa? Lo único que le pido es que me deje en paz. Se ha pasado de la raya, y Donovan se molestará cuando se lo diga.

—Sí, cuéntaselo. No le irá mal saber que voy tras él para anularlo. Explícale que conmigo va a ir muy mal, porque yo no me dejo sobornar. Eso él ya lo sabe.

—Pare el coche y déjeme bajar.

—Te dejaré bajar cuando lo considere oportuno, ya te lo he dicho.

— ¡Gritaré!

—Haz lo que gustes, pero podrías coger una afonía y eso perjudicaría tu carrera.

— ¿Sabe que si no me deja ir pueden acusarle de secuestro, y eso es un delito precisamente federal? Sus propios compañeros pueden detenerlo y luego llevarlo a la horca.

—Conmigo no podrías invocar la ley de Lindbergh. Ni te he secuestrado, ni pido dinero por ti. Dentro de un rato estarás libre de nuevo, sólo que quiero terminar el paseo y, por cierto, ya estamos llegando al lugar.

—Yo no veo nada de particular aquí. Es un sitio muy solitario, con pocas luces. No me gusta.

Hal Wells detuvo el coche junto a un muro y abrió la portezuela.

—Ya puedes apearte.

— ¿Me deja aquí?

—Todavía no. Hemos de pasar al otro lado del muro primero, acompañame.

A Xina no le quedó otro remedio que seguirle hasta una puerta enrejada, que Wells franqueó con una ganzúa.

— ¿Qué es esto? —preguntó ella, intrigada, mientras él la empujaba suavemente hacia el interior del recinto.

—Un cementerio para perros.

— ¿Qué...? —inquirió, sorprendida, dando un ligero paso hacia atrás, al descubrir los centenares de lápidas en el suelo.

—Sí. No son muy frecuentes, pero en lugares como Chicago hay quienes se preocupan de enterrar a sus perros. Algunos opinan que es ridículo y otros, todo lo contrario. Aquí se abona una cantidad y

se les entierra con caja y lápida incluida. Por supuesto, no se permiten las alegorías religiosas que se podrían tomar a burla. Sólo una tumba y una lápida con el nombre escueto del perro y los años en que vivió. Sin embargo, hay muchas personas que al morir tienen menos que eso, la vida es así, en sus paradojas.

A Xina, de noche y con solo la luz de la luna, no acababa de convencerle aquel paseo entre las lápidas, tumbas y setos del cementerio canino.

—Pero, ¿qué hacemos aquí, por qué me ha hecho venir?

Con ligera burla, él preguntó:

— ¿Tienes miedo?

Ella no quiso admitirlo, pero era evidente que estaba asustada.

—No, sólo que no me agrada este lugar.

—No temas, los perros no saldrán de sus tumbas para morderte los pies.

Al fin la detuvo entre unos altos setos. Allí había una fosa abierta.

—Mira, ésta está esperando ser llenada.

Ella sintió un ligero estremecimiento. Mientras se aproximaba a Hal, demandando inconscientemente protección, pues, pese a todo, aquel hombre le inspiraba confianza, opinó:

—Es muy grande, parece para un ser humano.

—Es que hay perros tan grandes como seres humanos y otros que hasta lo parecen. Donovan es uno de ellos y esta tumba es para alguien al que tú conoces bien. Puedes leer la lápida que está ahí en el suelo, esperando ser puesta en pie.

Xina Plaid leyó en voz alta:

— ¡«Donovan»! ¡Pues es cierto!

—Tan cierto como que yo he comprado esta fosa para un perro llamado Donovan.

— ¡No es posible!

—Sí lo es, y puedes decírselo a él, no me importa. Ahora, sí ha terminado el paseo.

Wells la condujo hasta el coche y luego la dejó junto a una parada de taxis, con solo unas breves palabras:

—Dile a Donovan que, o cae él, o caigo yo, pero que eso ocurrirá pronto. Mis saludos.

Y se alejó haciendo ronar el motor del poderoso «Ford-

Mustang».

CAPITULO VI

Joseph Donovan golpeaba entre sí las yemas de sendos pulgares mientras los restantes ocho dedos permanecían cruzados sobre la lujosa mesa despacho.

— ¿Qué te ocurrió ayer noche? —inquirió.

Xina Plaid se dejó caer en la aerodinámica y comodísima butaca, mientras Lester permanecía en pie junto a la mesa, con semblante hosco.

— ¿Te ha contado Lester?

—Sí.

— ¿El qué? —preguntó la chica, queriendo saber hasta dónde había llegado el sobrino de Donovan en sus explicaciones.

—Le he dicho que estábamos en el parque Lincoln, charlando, cuando apareció ese tipo que dijo llamarse Hal Wells, y me golpeó bárbaramente, raptándote.

Xina se dijo que la explicación no era demasiado correcta, pero tampoco valía la pena profundizar en ella. No obstante, corrigió:

—Hal Wells no me raptó, puesto que estoy libre.

—Una lástima —gruñó Donovan.

— ¿Una lástima, por qué? —inquirió Xina.

—Donovan piensa que si te hubieras retrasado un poco en aparecer, habrían podido cargar al tal Wells el mochuelo de rapto, y Honey lo hubiera empapelado de tal forma que no podría escapar a la horca.

Xina suspiró. Se percató de que la vista de Lester, se centraba demasiado en sus piernas, pero la falda no daba más de sí y la obra perfecta de la naturaleza, al crear sus muslos, quedaba al descubierto.

—Donovan, ese hombre es un obseso de la justicia.

—Es lo que estoy temiendo, un maniático.

— ¿Se puede saber a dónde te llevó?

Ante la pregunta de Lester, Xina le miró y repuso

—Adonde menos puedes imaginarte.

—Quizá ese tipo que me cogió a traición no tenga un exceso de imaginación y originalidad como piensas.

—Ese tipo te golpeó cuando tú ibas a atacarle con una navaja, teniendo él las manos limpias.

— ¿Es cierto que sacaste la navaja?

Lester tragó saliva, ante la pregunta de su tío.

—Ese tipo apareció de súbito, quise prevenirme.

—Está bien, olvidémoslo, pero emplea tu navaja sólo cuando de verdad merezca la pena. Tú, Xina, sigue contando lo que sucedió.

—Quizá la llevó a otro parque o a algún club nocturno, de los que tanto abundan en Chicago.

—Pues no, me llevó a un cementerio de perros.

Tío y sobrino exclamaron al unísono:

— ¿Cómo?

—Lo que han oído, a un cementerio de perros, y luego me soltó, tranquilamente.

— ¡Ese tipo está completamente loco! —arguyó Donovan, desconcertado.

—Como una cabra. ¿Qué te parece, tío, si pagaras a un médico para que lo encerrara? Así no iría molestando a la gente por la calle o por los parques.

—Calla, Lester. Xina, ¿para qué te llevó a un cementerio de perros? Tendría algún motivo, supongo.

—Sí, quería mostrarme algo. Bueno, ante todo quiero decirte que ese hombre ha presentado su dimisión al FBI.

— ¿Y por qué?

—Porque la policía, según él, ha cerrado el caso y Wells no piensa dejarlo zanjado tal como está.

— ¿Y qué piensa hacer, entonces?

—Ha dicho que te destruirá, cueste lo que cueste, que se juega en ello la vida y lo sabe perfectamente, pero que no cejará en su empeño hasta destruirte.

— ¿Tanto lo odia? —preguntó Lester.

Xina denegó con la cabeza, agregando:

—Dice que él no odia a nadie, que sólo detesta al crimen, al mal, pero no al hombre. Que si te entregas a las autoridades en

veinticuatro horas, confesando tus crímenes, olvidará el asunto. De lo contrario, tú serás su presa.

— ¡Ese tipo está loco! —se rio Donovan—. ¡Él solo, y sin ser ya agente federal, está loco, completamente loco! ¿Es que ignora que no se puede luchar contra mí, que puedo echarle encima a la policía estatal?

—Pero, ¿es que tú eres lo que él piensa? —preguntó Xina, frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no, simplemente que deseo protegerme —mintió Donovan, deseando mantener a la chica en la ignorancia con respecto a él.

—Es lógico que mi tío desee protegerse de ese demente, ¿no? Yo opino que hay que encerrarlo en un manicomio. Después de todo, si ya no es agente del Gobierno, nadie se opondrá a ello.

—Es una buena idea, Lester. La verdad es que ese tipo no me molesta ni preocupa lo más mínimo, pero no estará de más tomar algunas medidas. De este modo, se evitan posibles incidentes que luego pueden proporcionarme mala publicidad, que es lo que ese imbécil busca. No sé por qué la habrá tomado conmigo.

—Como no se salió con la suya en el juicio, ahora quiere acabar el asunto por su cuenta, convirtiéndose en un justiciero de los pasados de moda.

Por su parte, Xina opinó:

—Hal Wells es, sin duda alguna, un hombre extraño, pero parece muy fuerte, muy seguro de sí mismo. Es perspicaz y astuto.

— ¿Y no tiene más cualidades? —preguntó Lester, molesto.

—No creo que esté loco, simplemente equivocado.

—Ese tipo no es lo que tú imaginas, porque no te puso la mano encima cuando te tuvo a su merced en ese cómico cementerio de chuchos.

— ¿Cómico? —repitió Xina.

—Sí, cómico —apoyó Lester las palabras de su tío—. Un cementerio de perros siempre es cómico.

—Pues a mí me infundió respeto y a ti te pasará igual cuando lo veas, Donovan.

— ¿Que yo lo vea y para qué? No se me ha muerto ningún perro —gruñó el multimillonario, entre molesto y jocoso, no sabiendo por qué actitud decantarse.

—Es que Wells dejó allí algo muy importante, y que deseaba que tú vieras.

— ¿Y qué es?

—Opino que será mejor que lo compruebes por ti mismo. De lo contrario, no me creerías.

—No puedo perder mi tiempo visitando cementerios perrunos.

—Cuando llegues allí, comprenderás que Hal Wells no es un enemigo común, y que te convendrá más pactar con él.

— ¡Eso nunca! Y en cuanto a ese cementerio, me has intrigado.

—Pulsó una tecla de su dictáfono y ordenó—: Que preparen mi coche. —Cerró el dictáfono y añadió—: Tú me llevarás, Xina.

—Yo me largo —dijo Lester, yendo hacia la puerta—. Tengo que probar una avioneta nueva que quieren venderme. Ya me contaréis luego lo que hay allí de divertido.

—Lester, si compras esa avioneta nueva, va por tu cuenta, ¿comprendido?

—Está bien, está bien, aún no he dicho que me la quedo —y se alejó del despacho.

Xina dijo:

—Vamos, Donovan. Verás como no te engaño respecto a ese cementerio canino.

—Espero que sea así, me irritaría mucho perder mi precioso tiempo, y a ti no te conviene que me moleste contigo, y menos ahora que está a punto de salir al mundo tu redondo alta fidelidad, con una tirada inicial de cien mil discos. Voy a arriesgar una fortuna contigo, pero estoy seguro de que saldremos adelante.

El coche de Joseph Donovan era un «Cadillac» negro último modelo con cristales polarizados y doble teléfono interior, upo conectado a la línea general de la Telefónica, y el otro particular. A través de ondas de radio le ponía en contacto con la centralita privada del rascacielos Donovan.

Xina Plaid se acomodó en la parte posterior, junto al multimillonario.

Delante iban el chófer y otro sujeto, ambos fornidos. Eran dos de los guardaespaldas de Donovan, que jamás se separaban de él.

— ¿A dónde vamos? —preguntó el conductor.

—Al cementerio de perros —repuso Xina, que vestía un traje enteramente blanco, con pocos adornos y escasa tela, al ritmo de la

última moda.

El chófer observó a su patrón a través del retrovisor, mas como éste no rebatió aquella orden, que le pareció tan absurda, puso el «Cadillac» en marcha y abandonó el garaje del rascacielos.

Cuando arribaron ante el cementerio canino, el auto se detuvo, silencioso y balanceándose ligeramente, como si fuera un pequeño pero lujoso yate.

— ¿Salimos? —preguntó Xina, tomando la manecilla de la puerta.

—Espera —contuvo Donovan—. Giorgio, date una vuelta.

El hombre que iba junto al que actuaba de chófer pero que no llevaba uniforme, se apeó, tras golpear instintivamente la axila con el brazo, pues allí guardaba su pistola.

Mientras, el «Cadillac» permanecía estacionado, aunque nadie podía ver a sus ocupantes, gracias a los cristales especiales.

Giorgio, un neoyorkino nacido en Brooklyn, descendiente de italianos, se aproximó al cementerio, que aparecía completamente desierto a aquella hora de la mañana de una jornada laboral.

No había muchos visitantes para los canes, ¿quizá el domingo?, se preguntó Giorgio, que dirigía su mirada de un lado a otro, buscando algo que le pareciera sospechoso.

Se acercó a la caseta del guardián y empujó la puerta.

— ¿Hay alguien ahí? —inquirió, sin obtener respuesta.

Se introdujo en las dependencias donde había un fichero, un pequeño mostrador y algunos libros, pero nada.

Dio una última ojeada por el recinto y, tras comprobar que no había nadie, regresó al «Cadillac».

—Está desierto, vía libre.

—Bien. Tú, Richard, quédate en el coche y, si hay problemas, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, señor Donovan —aceptó el chofer.

— ¿Les acompaño? —preguntó Giorgio, al apearse Xina y el millonario, quien protegía sus ojos contra la fuerte luz solar con unas gafas grandes y oscuras de cristales redondos.

Avanzaron hacia la puerta de reja entreabierta.

—Giorgio...

— ¿Diga?

—Quédate en la puerta. No quiero tropiezos, ¿comprendido?

Xina, extrañada, preguntó:

— ¿Por qué tantas precauciones?

—Tengo muchos enemigos, pero tampoco quiero tropezarme con el maniático ése. Ahora, entremos de una vez y acabemos con esta tontería. Cada vez que lo pienso, me arrepiento de haberte acompañado. Espero que sea importante lo que haya aquí dentro.

Giorgio quedó en la puerta, y la muchacha, acompañada del cincuentón, trató de orientarse dentro del recinto, tan solitario.

Donovan masculló:

—Esto no me gusta.

— ¿No decías que era cómico?

—Sí, pero no me gusta. Nunca creí que hubiera tantos perros enterrados. Aquí hay muchas tumbas.

—Sí, por lo visto hay muchos canófilos.

Caminaron entre lápidas y setos. Había tumbas pequeñas, como para enterrar una caja de simples zapatos, y otras grandes, como si fueran de persona. Los perros, desde el chihuahua o caniche-toy hasta el San Bernardo o pastor alemán, variaban mucho en tamaño y peso.

—Hasta flores, esto da asco —gruñó Donovan—. Los hay ridículos.

—Ahí está, junto a esos setos.

— ¿El qué? —preguntó Donovan, acelerando el paso ligeramente.

—Eso.

La joven señaló con su índice extendido.

— ¿Una fosa?

—Sí.

—No me digas que ese estúpido Wells va a enterrar a un perro. No sabía que lo tuviera.

—Fíjate en la lápida tirada junto a la tierra que ha de volver a tapar la fosa.

— ¡«Donovan»! —leyó claramente.

No pudo por menos que dar un brinco hacia atrás.

—Ya te he dicho que te sorprenderías.

— ¡Diablos, es la broma más estúpida que me han gastado en mi vida! —murmuró Donovan, pálido—. ¿Esta lápida la ha comprado Hal Wells, y también la fosa?

—Sí.

— ¿Mi supuesta tumba en un cementerio de perros? ¡Ese tipo me las va a pagar, ya lo creo que me las pagará! —exclamó, respirando agitadamente, a impulsos de la desagradable sorpresa que acababa de recibir.

Mientras con la pala sobre el hombro, el vigilante del cementerio, a juzgar por su raída chaqueta de uniforme con botones dorados y la gorra de plato, se acercaba a ellos, caminando pesadamente como si le costara avanzar. Sobre su boca mostraba un espeso bigote.

—Wells me dijo que esto no era broma. Que en este asunto caerías tú o él, y lo que sucediera sería pronto.

—Ese tipo es capaz de liquidarme, con tal de salirse con la suya —masculló Donovan. Dio una ligera ojeada al empleado del recinto, y luego se le encaró directamente—: Oiga, ¿sabe dónde está el hombre que ha comprado esta tumba?

—No señor, no lo sé. La compró, me dijo que un perro llamado Donovan estaba agonizando, y que deseaba que su tumba estuviera preparada para el momento justo —repuso el guardián.

— ¡Maldita sea! —gruñó Donovan.

—Yo ya le dije que no hacía falta correr tanto. Que en el momento adecuado, cavaría la fosa.

—Pues va a taparla, y a romper esa lápida ahora mismo.

— ¿Cómo?

— ¡Lo que ha oído!

—Es que ese hombre, ahora no recuerdo cómo se llama, pero está apuntado en el registro, bueno, él ha pagado y...

— ¡Le daré el doble, pero haga lo que le digo!

—Bueno, si es así... Déjeme, déjeme que lo apunte.

El guardián hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta de su uniforme.

Ante la sorpresa de ambos, sacó una pistola, con la que encañonó al multimillonario.

— ¡Eh! ¿Qué significa esto? —gruñó Donovan, echándose ligeramente hacia atrás, pero comprendiendo que era tarde para rechazar a aquel hombre que estaba armado.

—Hola, Donovan. No creí que volviéramos a vernos tan pronto.

Tras decir esto, el vigilante se quitó la gorra, arrojándola al

suelo, irguió su cuerpo y se arrancó el bigote.

— ¡Wells! —exclamó la muchacha—. ¡Si no parecía el mismo!

—Es que he recibido excelentes clases de maquillaje y mimética. En fin, lo que importa es que se ha tragado el anzuelo.

— ¡Usted está loco, admítalo, y trataremos de ponerle remedio! —farfulló el cincuentón.

—No trate de ganar tiempo, Donovan. Sus guardaespaldas no vendrán a socorrerle. Lo mismo el del coche que el de la puerta duermen profundamente; supongo que luego les dolerá la cabeza, pero nada más. Ah, y en la puerta he puesto un letrerito que dice; «Cerrado», de modo que no creo que nadie nos moleste en esta amena reunión.

—Xina, tú me has traído aquí —acusó Donovan, nervioso.

— ¡Te juro que no sabía nada de esto!

—Es cierto —corroboró Wells—. Yo la traje aquí ayer noche para que, indirectamente, sin ella darse cuenta de que me servía como mediadora, lo acompañara a usted. Como ve, yo también sé obrar fríamente, con método, igual que usted. Por supuesto, cuando me marche de aquí, no se me podrá probar nada.

Donovan, instintivamente, puso su mano por delante, como pretendiendo detener una posible bala dirigida a él.

—No irá a matarme, ¿verdad?

— ¿Y por qué no?

— ¡Eso sería un crimen! —advirtió Xina.

—Eres muy jovencita para ir opinando —le contestó Hal—. Pero tú me gustas, en otra ocasión quizá te lo diga mejor.

— ¿A mí? ¡Nunca! Yo no podría enamorarme jamás de un frío asesino, de un demente.

—De eso ya hablaremos más adelante. Ya te llamaré por teléfono cuando me convenga.

Mientras, Joseph Donovan se había puesto primero pálido y luego comenzado a sudar. El traje le oprimía, y las gafas se le empañaron por el vapor que escapaba de su rostro.

—No puede asesinarme fríamente.

—Vaya, Donovan, parece que tiene miedo. Es extraño, a usted también le gusta matar fríamente. Hizo asesinar a Hastings.

—Yo no lo maté, el tribunal me declaró inocente.

—Sí, ya lo sé, por eso estoy yo aquí, para remediar los fallos de

la justicia. La verdad es que usted no ha matado sólo a Hastings, sino a muchos otros, y ahora le ha llegado el momento de pagar.

— ¡No!

— ¡Sí!

— ¡No puede hacer eso! —gritó Xina, tratando de abalanzarse contra Wells.

— ¡Aparta!

Con energía no exenta de delicadeza, Wells la apartó de sí, quitándola de la línea de tiro. Donovan, ante la ocasión que se le brindaba, trató de huir, echando a correr.

— ¡Quieto, Donovan!

Hal Wells apuntó y apretó el gatillo. La detonación resultó muy apagada, pero Donovan abrió sus brazos y se tambaleó.

— ¡Asesino! —gritó Xina.

—Lo lamento, pequeña, pero tú también vas a tener que dormir.

Un puñetazo suave pero calculado en la mandíbula femenina hizo que Xina se desplomara.

—Siento mucho haber tenido que hacerlo —dijo Hal con sinceridad—, pero era inevitable.

Wells, que había impedido que la joven cayera desplomada, la depositó cuidadosamente junto a mi seto. Luego se acercó a Donovan, que se movía dolorosamente en el suelo.

Sobre la chaqueta, a la altura del omóplato, terna clavada una ampolleta metálica, que Wells le quitó, guardándosela después en el bolsillo.

—Vamos, Donovan, arriba. Aún no está muerto —le dijo, incorporándolo.

En efecto, el cincuentón abrió los ojos, pero su mente comenzaba a nublarse. Sentía que todos sus miembros se paralizaban. Lo que él ignoraba es que, en vez de un balazo, lo que llevaba en su cuerpo era una inyección hipodérmica, lanzada con cápsula especial para pistola, y cargada con un potente somnífero.

— ¡No, no quiero que me entierren aquí, no, maldito, no! —repetía, mientras era arrastrado hacia la fosa.

—Vamos, Donovan, mire su tumba. ¿No me había sentenciado a mí a muerte? ¿No pensaba asistir a mi funeral? Mala suerte, me he adelantado a usted.

Donovan, incapaz de sostenerse en pie por sí mismo, junto al

borde de la fosa, mantenido en pie por los brazos de Hal, repetía:

— ¡No quiero ser como un perro, no, no!

Y dobló la cabeza, ya completamente dormido.

—Eso está bien.

Wells lo cargó sobre su hombro y echó a caminar entre las tumbas, no sin lanzar una mirada a Xina Plaid. Lamentaba en la actitud que la abandonaba; sin embargo, sabía que cuando despertara nada le habría ocurrido y que, más adelante, tendría tiempo para explicarle lo que estaba haciendo, si es que finalizaba aquella investigación con vida.

No regresó a la entrada, sino a uno de los muros del fondo del cementerio que, como la mayor parte de ellos, se hallaba recubierto por espesas hiedras.

Al llegar a un lugar de la pared, apartó las enredaderas y se topó con una puerta angosta de madera, que abrió, saliendo a la calle. Aquélla era la puerta que el funcionario del cementerio solía emplear.

Pegado al «Ford-Mustang», aparcado junto al muro, había un hombre sentado en el suelo y roncando profundamente.

Junto a él aparecía una botella de whisky vacía y, en su mano, otra abierta. El hombre apestaba a alcohol, y carecía de chaqueta.

—Qué bien han ido este par de botellas —se dijo Hal, promotor de aquella borrachera, pues conocía la debilidad del empleado del singular cementerio.

Le colocó su chaqueta y la gorra en la cabeza, y luego tumbó el cuerpo de Donovan dentro de su coche, alejándose del lugar.

Pisó el acelerador a fondo; el efecto de la droga inyectada en el cuerpo del millonario, a través del disparo hipodérmico, tenía una limitación de tiempo.

CAPITULO VII

Al despertar, Joseph Donovan sintió náuseas y un mareo intenso.

Abrió los ojos y le molestó la visión de una bombilla encendida que colgada del techo, desnuda, sin una mísera pantalla.

Se sentía molesto por haber sudado. A su alrededor, nada olía bien. Movi6 sus manos y se palpó con cuidado una herida de la que carecía.

Al fin pudo mantener los ojos abiertos y miró en derredor con ansiedad.

El lugar en que se hallaba semejaba una bodega. Había humedad y carecía de ventanas.

Una escalera ascendente terminaba en una puerta que había en lo alto.

Allí sólo había algunos toneles, una mesa, dos sillas y el catre en que se hallaba tendido. Tenía gran diferencia con su alcoba particular, ubicada en el rascacielos de su nombre.

Al ponerse en pie, aparte de mareado, se notó muy incómodo. Carecía de zapatos, y por toda indumentaria sólo llevaba camiseta y pantalón, lo que le produjo gran sensación de inseguridad.

— ¿Estaré vivo o en el infierno? —se preguntó, comprobando que nada le dolía, y que no había herida alguna en su cuerpo—. Si creí que me hallaba en aquella maldita fosa...

La bombilla, de muy escasa potencia, no iluminaba todos los recovecos de aquella especie de bodega subterránea, que resultaba de grandes dimensiones.

—Ya comprendo, lo que ha hecho es capturarme —se dijo—. Pero, ¿para qué? ¿Querrá que confiese? Aunque declarara en estas condiciones, luego el abogado Honey podría solucionar el asunto.

Inmerso en multitud de cábalas, tratando de solucionar su difícil situación, decidió que lo más importante e inmediato era escapar, y la puerta se hallaba en la parte superior de la escalera.

Comenzó a subirla lentamente, tratando de evitar todo ruido en los peldaños deteriorados por el tiempo.

Le llevó varios minutos ascender los escalones, pues tomó toda clase de precauciones para no ser descubierto.

Al toparse con la puerta, sufrió una decepción. Estaba cerrada, y si bien ya había pensado en tal posibilidad, había abrigado la esperanza de que se hallara abierta.

Intentó forcejear con ella, y lo hizo durante varios minutos también hasta que acabó por golpearla con el hombro, tratando de derribarla.

—Es inútil que se canse —advirtió de súbito una voz desde el fondo de la bodega, en tono de burla.

— ¿Quéee?

Donovan se volvió hacia el rincón del que brotara la voz y vio una llama. Era una llama de mechero prendiendo un cigarrillo, cuya punta brilló en la oscuridad del recoveco.

—Lo he estado observando, Donovan. Lo hace muy bien. Ha sido divertido verle preocupado, tomando tantas precauciones. Subir la escalera con sumo cuidado y, luego, tratar de derribar la puerta.

Mientras hablaba, la figura de Hal Wells se fue perfilando hasta quedar inmóvil en el centro de la estancia.

— ¡Wells! —exclamó rabioso.

— ¿Y quién pensaba que era? ¿Satanás?

—Para mí, como si lo fuera. ¡Déjeme salir de aquí, ábrame la puerta!

Hal Wells apartó parsimoniosamente el cigarrillo de entre sus labios y rio:

—Vamos, ábrala usted mismo, aunque le advierto que tiene refuerzos de hierro. Es muy sólida, y va a quebrar sus huesos contra ella, intentando derribarla.

Donovan, sintiendo que el miedo se había apoderado de él, comenzó a golpear la puerta, ante la impasibilidad de Wells, que le observaba desde abajo, con aire irónico.

Al fin, Donovan dejó de golpear; le dolían los puños. Encarándose con Hal, gritó:

— ¿Qué quiere de mí ahora? ¡Me ha hecho creer que moría allí junto a la tumba! ¿Y ahora?

—Sólo pretendo demostrarle que no es tan invulnerable como

quería hacer creer al mundo. Ya ve, yo, un hombre solo, lo he hecho prisionero. Lo he desarmado e incomunicado con sus secuaces. Ahora está completamente a mi merced. Puedo hacer con usted lo que me venga en gana.

— ¡No! ¡Lo buscarán para ahorcarlo! —chilló histérico.

—Es probable que pierdan algunas horas en ello, horas que ya han pasado mientras usted dormía en ese catre, pero luego...

Hizo una pausa para tomar el cigarrillo entre sus labios y aspirar el humo. Después siguió:

—Sus colaboradores empezarán a tener miedo y le abandonarán. Al rey caído se le abandona. Su organización, ante la falta de su genio, va a desmoronarse.

— ¡No, eso no ocurrirá, ellos vendrán a buscarme!

— ¿Venir a buscarle? ¿Adonde? Si ni siquiera usted sabe dónde está. Lo mismo puede estar en Miami, en las Bermudas o Hawái. ¿Sabe acaso las horas que ha dormido? No pensará que voy a exponerme, quedándome cerca de su organización, ¿verdad?

— ¡Lo mataré, Wells!

—Vaya, ésa sí que es una noticia original. La verdad es que gasta demasiada saliva inútilmente, diciéndome lo mismo cada vez que nos encontramos. Sin embargo, creo que las cosas no le salen como desearía. Ahora es mi prisionero, y el que puede sentenciar soy yo.

— ¿Sentenciar?

—Sí, a Joseph Donovan, por sus múltiples crímenes, entre ellos varios homicidios. Claro que la pena será la horca, una buena sogá que cuelgue de una de las vigas.

— ¡No puede hacer eso, no puede, sería un asesinato!

—No intentará darme lecciones de moral, ¿verdad?

A trompicones, Donovan bajó la escalera hasta quedar al pie de la misma.

— ¡Le daré lo que me pida, pero déjeme ir!

— ¿Lo que le pida?

— ¡Sí, cuanto me pida, pero déjeme ir!

—Entonces, escriba la densa lista de sus crímenes y firme debajo.

— ¡No!

— ¿No? En ese caso, proseguiremos con mi plan. Yo no soy ningún potentado, no poseo un magnífico rascacielos dotado de

circuitos cerrados de televisión, controles electrónicos, etcétera. Sólo tengo una bodega hedionda y, en ella, encerrado, al enemigo público número uno de la sociedad de Chicago en el año en que vivimos, como un día lo fuera Al Capone. Por cierto, que al final de sus días no tuvo mucho éxito precisamente.

—Veamos, si quiere matarme, ¿por qué no lo hace de una vez?

—Porque primero deseo que vea la destrucción de su organización de inmoralidad. Por cierto, Lester, su sobrino...

— ¿Qué?

—A estas horas ya debe estar junto a su dinero. Es su heredero directo, ¿no?

—Sí, pero Lester es incapaz de hacerme una cochinada —rugió Donovan, sabiendo que sus palabras no eran ciertas. Lester sí era capaz de cometer una cochinada, como él decía.

—Para Lester es mejor que usted no aparezca. Así, se convierte en el propietario de todos sus bienes. Es la gran ocasión para él.

—No. Si fallezco de muerte violenta, el testamento indica taxativamente que Lester no heredará mi fortuna.

—Es una buena medida de precaución por su parte para que su sobrinito no lo asesine por la espalda.

—Sí, yo lo preveo todo.

—Menos tropezarse con alguien como yo.

— ¡Esta pesadilla tiene que terminar!

—Sigamos hablando de Lester Donovan.

—Ya le he dicho que, si muero violentamente, que si no encuentran mi cadáver, no cobrará.

—Sí, pero puede juntar unos cuantos montones de billetes, tomar su avión particular y vivir en cualquier otra parte como un reyzeuelo.

—Lester no será tan estúpido de hacer eso. Me buscará, le conviene más.

—No lo crea, Donovan. Sin usted puede que tenga menos dinero, pero será completamente suyo. Hará con él lo que le venga en gana, y usted no podrá gobernarlo.

Donovan comenzó a pensar que Wells tenía razón, pero no podía dejarse convencer, ni admitir su destrucción.

—No se saldrá con la suya, Wells. Lo que cometerá usted será un asesinato, y más tarde o más temprano lo cazarán.

— ¿Quién, sus amigos? ¿El sargento Wangrey, Honey, o quién más?

—No pienso decírselo. De este modo, no sabrá nunca por dónde le vendrá la puñalada que me vengará.

—Bah, sus amigos, en cuanto se enteren de su muerte, se dispersarán. Todos tratarán de protegerse las espaldas. Tienen las manos sucias, y querrán lavárselas pronto. Si alguien les pregunta por Donovan, dirán que no le conocen, que oyeron hablar de él a través de los periódicos.

— ¡No lo conseguirá!

Donovan se lanzó con las manos por delante contra Hal, consiguiendo atenzarle la garganta, con evidentes intenciones de estrangularlo.

—Vamos, Donovan, calma.

Con una facilidad que humilló al multimillonario, Hal se deshizo de él, propinándole algunos golpes y dejándolo tendido en el suelo de la bodega.

— ¡No lo conseguirá! —balbució en voz baja.

—Ya ve, Donovan, que ni armas me hacen falta para dominarlo. —Se palpó la chaqueta, asegurando—: No llevo ni una pistola encima. Es poco enemigo para mí.

Al oír estas palabras, y comprender que sin armas tenía alguna posibilidad, Donovan brincó, sacando fuerzas de flaqueza. Tomó una silla y arremetió contra Hal Wells.

El ex federal consiguió esquivarlo y la silla se partió al estrellarse contra uno de los viejos y vacíos barriles.

Donovan no se dio por vencido y, con uno de los palos de la silla, se fue acercando amenazadoramente hacia Wells. Respiraba con fuerza, tratando de sonreír.

—Ha cometido una torpeza al decirme que no llevaba armas, Wells.

Hal estaba seguro de que, si se descuidaba, Donovan le partiría la cabeza con la estaca y no pararía con ella hasta verlo muerto.

Saltó de un lado a otro, esquivando los rabiosos golpes de palo. Al fin, un puntapié a tiempo en la diestra de Donovan hizo escapar la madera de sus manos.

Al tratar de recuperar la estaca, Donovan sufrió un severo castigo a través de los puños de Hal.

Wells sabía cómo y dónde pegaba, por eso le partió los labios, pero trató de no ocasionarle un daño irreparable. Su intención era desmoralizarlo por completo, humillarlo y dejarlo tendido a sus pies.

Era inútil confiar en que aquel hombre confesara sus crímenes o delatara a sus colaboradores, aunque estuviera al borde de la muerte. Por ello, Hal empleaba otra técnica: la de provocar el desconcierto, la desconfianza inseguridad, que condujera a Donovan a cometer los irreparables fallos que él precisaba para meterlo entre rejas.

— ¡Basta, basta! —suplicó, arrastrándose por el suelo y con el rostro manchado de sangre.

—Sí, basta, por ahora ya tiene suficiente, pero habrán nuevas y posteriores sesiones. Ya ve que no empleo medios electrónicos, guardaespaldas ni siquiera armas para acabar con usted. Es sólo una rata de cloacas, a la que se puede aplastar con el pie. Usted, que se creía poderoso, invencible... ¡Bah!

— ¡Wells, se lo daré todo, todo, no lo que quiera, sino cuanto tengo, pero déjeme ir!

—Vamos, Donovan, no me defraude, convirtiéndose en un gallina. Si ha sabido vivir asesinando, sepa morir aguantando.

—Yo no le he hecho nada a usted, ¿por qué me odia de esa forma, por qué se ensaña conmigo? —preguntó, deshecho moral y físicamente.

—Yo no le odio a usted, nunca he sentido odio por nadie. Alguien que le detestara realmente le hubiera matado y enterrado en aquella tumba para perros, pero yo no le he liquidado.

— ¡Lo que está haciendo es peor!

—Vamos, vamos, me está resultando demasiado imbécil. Creí que el gran Donovan sería un bloque pétreo, imposible de vencer, pero no, en camiseta y pantalón está ridículo. Suplica por su vida como lo haría cualquier ratero atrapado in fraganti.

— ¡Está loco, Wells, loco!

— ¿Por qué?

—Ningún representante de la ley persigue a los delincuentes como usted lo hace.

—Usted se había protegido contra la competencia y los hampones como usted. Incluso, por medio de sobornos, contra la

misma justicia, y la justicia, como todos los estamentos humanos, tiene fallos, que hombres como yo tratamos de remediar. Eso es lo que se le olvidó a usted, Donovan.

—Sí, olvidé que podía existir un tipo como Hal Wells.

—Exacto. Un hombre dispuesto a destruirle, pese a todo y a todos. No creo que no me ha dolido entregar mi dimisión al FBI. Me ha dolido mucho, pero considero que mi deber está por encima de mis propios sentimientos. En fin, Donovan, ha tenido un mal tropiezo, y en esta clase de juegos, el que tropieza lo paga caro. Ahora le dejo, para que se despeje un poco; tiene mala cara.

Tranquilamente, Hal abrió su paquete de tabaco. Sacó un pitillo y, tras colocarlo en su boca, le prendió fuego, demostrando a Donovan que él era el dueño de la situación.

Despacio, fue ascendiendo los peldaños hasta la puerta. Al llegar a ella, colocó una llave en la cerradura y la abrió.

— ¡Wells!

— ¿Qué le ocurre, Donovan? La bodega es muy grande, puede sentirse a gusto en ella. Sólo le molestará alguna que otra rata.

— ¡Wells! —interpeló de nuevo, arrodillándose en el suelo, bajo la desnuda bombilla—. ¿Qué va a ganar con todo esto, qué va a sacar, cuando me haya destruido?

—Nada —repuso, sin darle importancia.

— ¿Nada? ¿Y por nada está haciendo todo esto contra mí? —preguntó incrédulo, desconcertado, sin poder entender aquella forma de actuar.

—Bueno, eso tampoco es verdad. Sí pienso sacar algo.

— ¿El qué?

—El placer de haber hecho justicia. ¿Le parece poco?

Tras aquellas palabras, Hal Wells desapareció por la puerta y volvió a cerrar, dejando a su prisionero en la bodega.

Joseph Donovan, en un nuevo ramalazo de terror, corrió escaleras arriba y golpeó frenéticamente la puerta con sus puños hasta que no pudo más, y en su garganta, tras vociferar, gritar y suplicar, la saliva se secó.

De pronto, la luz de la bodega se apagó y se vio sumido en la oscuridad. Wells debía haber desconectado la electricidad.

Descendió los peldaños a trompicones y una vez abajo, tanteó torpemente cuanto hallaba hasta encontrar el catre, sobre el que se

dejó caer.

Donovan, como todos los cobardes, era capaz de matar o simplemente dar una orden para que sus sicarios la cumplieran, pero en el momento de la verdad, se convertía en un ser amedrentado.

Allí, prisionero de Wells, carecía de la protección con que se rodeaba en el rascacielos. Tanto dinero gastado para que, en el momento preciso, no le sirviera de nada.

Donovan no comprendía cómo se había dejado cazar como un conejo por un zorro.

Le dolían los brazos y todos los huesos del cuerpo. Tenía la garganta seca y los labios partidos.

Un fuerte sopor se apoderó de él y se hundió en un sueño profundo.

Cuando despertó, se sintió más recobrado.

Recordó lo que le ocurría, y tornó a sentir miedo, al comprobar que no se trataba de una simple pesadilla.

Se incorporó en el camastro, y trató de ver en derredor, mas todo era oscuridad.

Se puso en pie y, de pronto, algo llamó su atención.

Era una tenue rendija por la que penetraba luz. Estaba situada en una de las paredes de la bodega, pero muy alta, inalcanzable para sus manos.

—Podría ser una ventana...

Febrilmente buscó en derredor hasta encontrarse con la mesa, lo cual le hizo concebir esperanzas.

Llevó la mesa debajo de la rendija y, subiéndose sobre ella, tanteó la pared.

—Sí, sí, es una ventana...

Aquella ventana estaba atrancada, pero la madera, carcomida por el tiempo, cedió, tras unos forcejeos por parte de Donovan.

Cuidadosamente, franqueó la doble hoja de madera.

Frente a él había una reja situada a ras del suelo exterior. Aquella tela metálica debía estar allí para impedir que animales del campo penetraran por la ventana a la bodega, pues, por lo visto, la casa hacía largo tiempo que se hallaba abandonada y la reja, oxidada y rota por muchos puntos.

Con las manos no pudo, pero, ya con luz dentro de la bodega,

buscó una estaca.

Con ella acabó por romper la tela metálica y, a través del hueco practicado, salió al exterior, respirando con deleite el aire puro de la tarde.

Corrió a esconderse entre los arbustos del campo y mirando a través de ellos divisó la casona en que permaneciera encerrado.

Debió pertenecer a algún colono ya desaparecido, pues no había signos de vida alrededor de la misma.

Buscó el camino, y le satisfizo comprobar que una carretera pasaba cerca de allí.

Cuando llegó a la carretera, y tras varias tentativas infructuosas, consiguió detener a un coche.

Explicó que había sido robado por unos vagabundos y logró que le llevaran.

Lo que Joseph Donovan ignoraba es que unos ojos, ocultos tras unos matorrales, le habían estado observando con aire burlón. Aquellas pupilas pertenecían a Hal Wells, que se dijo:

«Todo marcha perfectamente.»

CAPITULO VIII

Xina Plaid, algo nerviosa por los últimos acontecimientos, abrió la puerta de su apartamento y pasó al interior del mismo.

No tuvo que empujar la puerta. Una mano que no esperaba la cerró por ella.

Se asustó e intentó gritar, pero la misma mano le tapó la boca.

—Podrían alarmarse tus vecinos, querida —le dijo la voz masculina.

Ella giró sus ojos hacia el hombre que materialmente la dominaba, y lo reconoció en el acto.

— ¡Hal Wells!

Wells soltó a la chica, pero no se apartó de la puerta, impidiendo así que ella escapara. Con toda tranquilidad puso un pitillo entre sus labios, mientras observaba a la mujer.

—Parece que hayas visto al mismísimo diablo —dijo.

—Sí, al mismísimo diablo con nombre anglosajón: Hal Wells.

—Me haces un honor, muñeca. A los hombres nos gusta más ser diablos que ángeles, ¿y sabes por qué?

—No, ni me interesa —replicó ella, a la defensiva, retrocediendo en el pequeño pero coquetón apartamento.

Exceptuando el cuarto de aseo, era todo una pieza, ya que el lecho se hallaba a un lado de la pared.

—Te lo diré, aunque no te interese.

—Entonces, suéltelo y márchese en seguida de mi casa.

—Preferimos ser diablos porque a las mujeres os atraen más los demonios que los ángeles. Es incongruente, pero cierto. Ahora, será mejor que hablemos de ti, y nos olvidemos de mí.

— ¿Hablar de mí? ¡Si no se larga, llamo a la policía!

— ¿Un ultimátum? —preguntó Hal, al verla junto al aparato telefónico.

—Sí —dijo ella, tomando el auricular con su mano.

—Una lástima, no podrás llamar a la policía a través de ese cacharro.

— ¿Que no puedo?

—No. Antes se me ha ocurrido jugar con él.

— ¿Cómo? —inquirió sorprendida, al comprobar que el aparato no funcionaba.

—Los hombres siempre somos un poco niños, y los niños juegan con los aparatos hasta que los rompen, y luego les sobran piezas para volver a componerlos. A mí me ha pasado algo por el estilo con el teléfono, aunque, como no es de último modelo, no se ha perdido gran cosa.

—Esto es un allanamiento de morada. Usted ha estropeado expresamente mi teléfono para que no avise a la policía.

— ¿Y para qué necesitas a la policía, muñeca? —le preguntó, sentándose cerca de la puerta para evitar que Xina escapara por ella.

Cruzó sus piernas, y fumó mientras la observaba, entre divertido e irónico.

— ¿Es que quiere tomarme el pelo?

— ¿El pelo? Lo tienes muy bonito.

— ¡Basta, no tolero que se burle más de mí!

El suspiró.

—Creo, Xina, que pierdes muy pronto los estribos. Me gustarías más si en ciertos momentos te conservaras más fría, claro que sólo en ciertos momentos...

—Está bien. Seré más fría y cínica, como usted. ¿Puedo fumar?

—Sí, ¿por qué no?

—Es que como me he convertido en su prisionera...

—Yo no he dicho tal cosa.

—A mí me da esa impresión.

—Pues abandónala. Nada más lejos de mi intención que hacerte mi prisionera. ¿Quieres un pitillo de los míos?

—No, gracias. Pueden estar cargados de cicuta.

Xina Plaid fue hacia un cajón de la estantería que se alzaba junto a su cama. Para abrirlo se puso de espaldas al hombre y, al girarse, empuñaba una pequeña pistola de acero cromado y cachas de nácar.

— ¡Caramba! —exclamó Hal, desde su asiento.

— ¿Sorprendido? Este es el cigarrillo que voy a tomarme —dijo la mujer con gesto de triunfo.

Wells hizo ademán de hundir su mano por debajo de la chaqueta, pero la voz tajante de la joven le contuvo:

—Quieto o disparo.

—Sólo quería sacar otro cigarrillo. El que estoy fumando es muy malo.

—Muy ingenuo. Lo que está haciendo es sacar su pistola.

Xina se le acercó con precaución. Con una mano sostenía la automática, y la otra la extendió hacia el hombre.

— ¿Es que no me crees? —preguntó él, adoptando una expresión infantil.

—No. Sé cómo las gasta. Me sorprendió en el cementerio, y eso no volverá a ocurrir. Vamos, la pistola o disparo.

Hal dejó que la muchacha se aproximara hasta apoyar la pequeña automática sobre su pecho. Luego, con la zurda, sacó la «Luger» que Hal escondía en su axila.

—Diablos, eres muy lista.

— ¿Ve como yo tenía razón? —exclamó, satisfecha, manteniéndolo encañonado ahora con dos pistolas—. Está a mi merced, Hal Wells, y ahora podré vengarme de la canallada del cementerio.

— ¿De qué canallada hablas?

—Del puñetazo que se atrevió a dar a una mujer.

—Era inevitable. Te pusiste tonta, y yo no podía perder tiempo.

—Sí, claro, tenía que disparar contra Joseph Donovan.

—En efecto, pero no lo maté.

—Eso ya lo sé. Joseph Donovan consiguió escapar. Hace pocos minutos acabo de verlo. Tiene la cara hecha una lástima. Además de asesino, es usted brutal.

—Bah, por unas caricias no careo que se haya molestado mucho —dijo con desenfado, sin moverse de la silla, mientras Xina le apuntaba con las dos armas al mismo tiempo.

—Cuando lo metan en la cárcel será menos eficiente, menos cínico y menos rabiosamente dominante.

— ¿Y tú crees que vas a meterme entre rejas?

— ¿Y por qué no? Al fin he logrado sorprender al sagaz, al listo justiciero que no es tal, sino un asesino que sólo desea sangre, y

esconde sus malsanos instintos bajo la careta de la justicia. Menos mal que tuvo la ocurrencia de presentar su dimisión. Ahora la ley está más limpia, más pura.

—Caray, no creí que fuera tan malo.

—Encima, búrlese. Veremos qué dice cuando Donovan presente cargos contra usted.

—¿Donovan, cargos contra mí? Vamos, no seas niña.

—¿Y por qué no?

—Porque es más listo que tú. A Donovan le molesto más que todo eso. No se conformará nunca con sólo enviarme un año a la cárcel, por haberle dado un poco de leña. Además de que eso sería muy difícil de demostrar, yo le pegué en defensa propia.

—¿Hay testigos?

—Sí.

—¿Quién?

—Dios.

—¡Qué ocurrente! Para citar a Dios a la Corte, debería esperar a estar en el otro mundo.

—Sí, es una lástima, porque poniendo a Dios como testigo, Donovan ya estaría en la horca hace mucho tiempo.

—¿Por qué tanto odio contra él?

—Debo hundirlo, y él ya lo sabe.

—Sí que lo sabe, pero se ha espantado, y no volverá a caer en ninguna otra trampa que le vuelva a tender.

—Eso es ya más difícil de creer.

—¿Se considera muy listo? —le preguntó, moviendo las pistolas con cierto nerviosismo.

—No puedo quejarme, nunca he pertenecido al pelotón de los torpes. En fin, que soy un hombre normal con el que podría casarse una chica como tú y luego tener muchos hijos. Sería fantástico, ¿no crees?

—¿El padre de mis hijos, un asesino? ¡Jamás!

—¡Y dale con que soy un asesino! Pero, ¿a quién he matado?

Ella quedó un momento sorprendida, viéndose obligada a responder:

—Pues a nadie todavía, pero quiere matar a mi... Bueno, a Donovan.

—¿Por qué no terminas de decir lo que ibas a decir? ¿A tu qué?

—A usted no le importa —replicó ella.

—Bueno, ya que vas a matarme...

— ¿Matarle yo? ¿Por qué?

—Porque no permitiré que me entregues a la justicia. Cuando acabe de hablar contigo, me marcharé.

—No podrá.

— ¿Tú me lo vas a impedir? —preguntó burlón.

—Sí.

— ¿Con qué?

—Con las pistolas si es preciso,

—Entonces tendrás que disparar y te convertirás en una asesina.

—Pues súpalo de una vez. Por lo menos yo tendré una razón para serlo, una razón de la que usted carece —aclaró furiosa.

—Vaya, conque tienes una razón muy grande para impedir que yo mate a Donovan, una razón lo suficientemente poderosa para impulsarte a disparar contra mí.

—Sí.

—Veamos cuál es esa razón.

— ¡No se la diré!

—Creo que a los reos se les concede una última voluntad.

—Usted no es ningún reo.

—Sí, sí que lo soy. Ya te he dicho que cuando termine de dialogar, me marcharé tranquilamente y luego volveré a buscar a Donovan, y esta vez sí que no se me escapará.

— ¡Usted no puede matarlo, ya se lo he dicho!

—Dame una buena razón, y hasta puede que olvide el caso.

— ¿De veras? —preguntó ella, dejándose caer sentada sobre la cama, sin dejar de encañonar al peligroso Wells.

—Sí, pero ha de ser muy convincente. Yo soy algo susceptible e incrédulo.

—Lo seré.

—Adelante, te escucho.

—Me llamo Xina Plaid, pero el verdadero nombre que debería llevar lo ignoro.

— ¿Quieres decir que Xina Plaid es un nombre falso?

—No, es el que me dieron en el orfanato georgiano de Pinckerton.

—Vaya, no sabía que hubieras estado en un orfanato.

—Debía de ser un bebé cuando entré, y salí al cumplir mi mayoría de edad. No conozco a mis padres, no sé quiénes son. Sólo sé que, por alguna causa que ignoro, me ingresaron en el orfelinato de Pinckerton.

—Tus padres no merecen precisamente elogios.

—No podemos juzgar a nuestros padres a la ligera. Nunca se sabe qué les ha impulsado a cometer un acto como el que hicieron conmigo.

—Es muy loable que la perjudicada defienda a quienes la dañaron. Sigue.

—Bien. Yo sé que mi padre, pese a haberme dejado en el orfelinato, exponiéndose a que fuera adoptada por otros, lo cual no ocurrió, pues yo, con la esperanza de encontrarme algún día con él...

— ¿Con él, no con ella?

—Ya le explicaré el porqué. Como le decía, con la esperanza de encontrarle algún día, me volvía antipática con quienes pretendían adoptarme, y de este modo conseguí quedarme siempre en el orfelinato donde, por otra parte, se me trataba muy bien. Muchas compañeras mías aseguraban que con favor y mimo especiales, y era cierto.

— ¿Quieres decir que alguien te protegía?

—Sí. Un día me enteré de ello por una de las profesoras. El director había dado orden de que se me tratara un poco especialmente porque recibía generosos donativos por parte de un hombre que ellos sabían era mi padre, aunque nunca me hablaran de él.

—Comprendo. Tu padre no te ha olvidado.

—Sí, y yo le aprecio por ello. Luego, al llegar a la mayoría de edad, el director, que entre los favores especiales que me había concedido, había hecho que la maestra de música me dedicara unas cuantas horas de más, me hizo actuar en algunas radiodifusoras del lugar y con el grupo del orfelinato salí dos veces en la televisión de la NBC y conseguí grabar tres pequeños discos, que no tuvieron mucha tirada, pero que enorgullecieron al orfelinato.

—Todos se portaron bien contigo, y la vida en el orfelinato no fue demasiado dura, pero, ¿qué te dijo el director, al finalizar tu estancia allí?

—Me felicitó por mi comportamiento durante tantos años en aquel lugar donde, según ellos, se me quería mucho.

—Y tú te echaste a llorar.

— ¡Si se burla no sigo, pase lo que pase!

—Está bien, está bien, continúa. Es muy interesante lo que me cuentas.

—Pues me dio mil dólares en metálico que le habían entregado para mí.

— ¿No preguntaste el nombre de tu padre?

—Sí, pero todo fue inútil. Me dijeron que era secreto, y que la institución siempre guardaba sus secretos.

— ¿Qué más te dio?

—Un sobre. Dentro de él había un billete de avión para Chicago.

— ¿Nada más?

—Una nota escueta, escrita a máquina, que decía: «Hija, que Dios te acompañe en la vida. Perdona a tu madre, que murió hace ya muchos años, y perdóname a mí, por ser tan cobarde. Si lo haces así, Dios y yo te lo agradeceremos. Ve a Chicago y busca a Donovan. Tu vida será encauzada plenamente. Con cariño, tu padre.»

— ¿Sin firma?

—Sin firma.

— ¿Y al llegar a Chicago...?

—No tuve que decirle nada a Donovan. Ya tenía este apartamento alquilado, y me recibió con los brazos abiertos. No me ha hecho ninguna clase de preguntas y me ha ayudado mucho, no como a una chica de la cual se espera obtener un provecho, y usted ya me entiende, sino que me ha tratado con el máximo respeto.

—Y tú te has creído que Joseph Donovan es el cobarde y abnegado padre que no se ha olvidado de ti en tantos años.

— ¡No se burle de él!

—No me burlo, me río de él.

— ¡Es canallesco lo que hace! —estalló Xina, conteniendo un sollozo y sintiéndose humillada.

—No me burlo de ti, como crees, sólo que eres muy ingenua.

— ¡Quieto, quieto ahí o disparo!

—Vamos, no seas niña, y hazte mujer de una vez. Aunque me dispararas, no me harías nada.

— ¿Ah, no?

—No. Tu pistola está descargada. Le he quitado las balas, antes de que tú llegaras.

Le mostró los proyectiles, sacándolos de su bolsillo.

— ¿Cómo? —brincó, furiosamente sorprendida.

—Sí. Imaginaba que cogerías la pistola.

— ¿Y por qué ha seguido la farsa?

—Sabía que, creyéndote dueña de la situación, hablarías. Siempre ocurre lo mismo.

— ¡Canalla! Pero todavía tengo su pistola, ésta sí tendrá balas.

—Le he quitado toda la petaca. Mira por debajo de la culata y verás que falta. En fin, que no sirves para gangster ni para policía.

— ¡Se ha burlado de mí! ¡Canalla, canalla!

Trató de golpearle con las armas, mas no consiguió nada.

El la desarmó, y la dejó sentada sobre el lecho. Ella estalló en violentos sollozos, pero, sin saber cómo, acabó refugiándose en el tórax del hombre que, sin atreverse a confesárselo, la atraía poderosamente.

—Xina, pequeña, Donovan no es tu padre. Si lo fuera, no metería a Dios por medio ni se llamaría cobarde a sí mismo. Tú no conoces a ese tipo.

—Si no es Donovan, ¿quién es mi padre? ¿Por qué me protege Donovan?

—Son preguntas difíciles de responder. Lo que sí sé es que él tiene interés en protegerte, lo cual indica que recibe fuertes favores de tu supuesto padre. A juzgar por la forma que Donovan te atiende, tu padre tiene mucha influencia o es muy poderoso.

— ¿Tú crees?

—Estoy seguro. Verás, Xina, si tú prometes ayudarme incondicionalmente en todo cuanto te pida, sin rechistar...

— ¿Ha de ser contra Donovan?

—Sí.

Xina denegó con la cabeza, haciendo oscilar levemente su cabello largo y trigüeño.

—Entonces, no puedo. Sería una traición, y él me ayuda mucho.

—Te ayuda por interés propio. Claro que si no quieres no hay trato.

— ¿Y cuál es la otra parte del trato?

Wells sonrió.

—Parece que te interesa saberlo. Verás, si tú me ayudas como te he dicho, buscaré a tu padre y lo hallaré, puedo jurártelo.

— ¿No me engaña?

— ¿Lo dudas?

Xina, en un impulso incontenible, sin pararse a reflexionar en ello, alzó su rostro y besó los labios del hombre que la dominaba.

Hal Wells no era de piedra; la chica, bonita, y el apartamento, solitario.

La caricia fue correspondida ampliamente.

CAPITULO IX

El camión de mudanzas se hallaba aparcado en una de las callejuelas que desembocaban en el muelle del lago Michigan.

No pasaba nadie por los alrededores.

Hal Wells golpeó la puerta posterior del gran camión, y como primera respuesta obtuvo el silencio.

Wells insistió, añadiendo de viva voz:

—Lorre, sal. Tengo un recado para ti.

Un breve mutismo, y al fin la gran puerta del camión de mudanzas se abrió, apareciendo la cabeza pequeña y pecosa del agente de piel lechosa, ahora vestido de paisano.

— ¿Quién es usted? No le conozco —gruñó receloso.

—Traigo un recado del sargento Wangrey. Vamos, no pierdas más tiempo. Mi coche está esperando.

— ¿He de ir ahora? —preguntó Lorre, molesto.

— ¿Qué ocurre, Lorre? —preguntó alguien, desde el interior del camión.

Otro comentó, burlón:

—Será su mujer que lo busca.

Wells habló tajante, como si Lorre le importara poco, pero sí su cometido.

—Olvídate de la timba que estabais haciendo ahí dentro y ven. Wangrey va a molestarse y tú ya le conoces.

—Sí, sí, claro. Ni fuera del servicio puede estar uno tranquilo —gruñó Lorre, despidiéndose de sus compañeros de juego, pues esto es lo que hacían dentro del camión, sin que nadie les estorbara.

El alto Lorre abandonó el camión, disgustado, y siguió a Wells que, despreocupadamente, había echado a caminar hacia su auto.

Wells se puso ante el volante. Dejó que Lorre abriera la portezuela y se acomodara junto a él, dándole así confianza para

que no recelara.

—Tú eres nuevo, ¿verdad? No te conocía.

—Sí, había hecho algunas cosas antes, pero esto es más seguro, ¿no crees?

—Sí, bastante —admitió Lorre—. Pagan con regularidad.

Wells puso el coche en marcha mientras comentaba:

—A este paso los hampones vamos a convertimos en burgueses. Puede que hasta lleguemos a marcar ficha con reloj.

Al decir aquello, Wells observó de reojo el rostro del agente de la Metropolitana para ver su reacción.

—Sí, es cierto. A mí no me gusta demasiado esto. Algún día irá todo mal, pero se gana bastante extra.

— ¿Se lo das a tu mujer?

— ¡Qué va!

—Claro, esos extras son los que te hacen falta para tu afición al juego.

Lorre, ignorante de aquel interrogatorio velado que se le estaba haciendo, suspiró:

—Soy un perdedor en el juego, pero el día que gane, ese día me resarciré para siempre.

—Pues que sea pronto —le deseó Wells, mientras conducía su coche hacia los muelles orientales, introduciéndose al fin en un almacén que tenía sus puertas abiertas.

Aquel almacén estaba vacío, salvo algunos objetos en desuso y maderas de embalaje.

— ¿Aquí hay que venir? —inquirió Lorre, mirando a su alrededor, casi todo oscuridad.

—Sí, ¿es que no lo sabías? —repuso Wells, quitando el contacto del «Ford».

—No. A mí no me lo cuentan todo. Sólo me piden un poco de colaboración en casos especiales, y nada más. Ni siquiera sé quién es el jefe, aunque lo sospecho.

— ¿Ah, sí? ¿Y quién es? —preguntó Wells con sorna,

—Creo que Donovan, el del rascacielos. Yo no digo nada porque a Wangrey no le gusta que pregunte, pero él fue quien me metió en esto.

—Qué bien. Supongo que una de esas colaboraciones especiales fue la muerte de Stacy Forrester, ¿no?

—Sí.

De pronto, Lorre se tornó lívido al leer en la cédula de propiedad que colgaba frente al parabrisas el nombre del dueño del auto. Susurró:

—Hal Wells... Pero si es...

—Quieto —ordenó, ya descubierto por la identificación del coche.

Wells mostró el cañón de su «Luger» a escasas pulgadas de Lorre, y éste se inquietó aún más.

— ¡Es el federal que atrapó a Donovan!

—Sí, sólo que ahora soy... Bueno, ¿qué más da? Lo que importa es que tú y yo vamos a sostener una charla interesante en este almacén.

— ¡Yo no sé nada! —se apresuró a decir Lorre.

—Caramba, de pronto te has vuelto olvidadizo. Vayamos, afuera.

—Yo no sé nada —insistió—. Soy un agente de la Metropolitana, y si me pone las manos encima, va a lamentarlo.

— ¿Ah, sí? Qué bien. Todos vais lanzando amenazas por ahí, y a mí me resbalan por la piel. Veamos, me has dicho que el dinero no se lo das a tu mujer, pero sí te sirve para jugártelo. No me hagas perder tiempo, y camina hacia la caseta de dirección. Allí ya he preparado de antemano papel y pluma para que hagas una confesión en regla.

— ¡No!

Echó a correr, tras propinar un manotazo a Wells.

Hal pudo haber disparado, mas no lo hizo. Quería a aquel tipo vivo. Corrió en su persecución, lanzándose a sus piernas, abrazándolas y haciéndole caer de bruces.

El agente de la Metropolitana resultó un tipo duro de roer. Se intercambiaron golpes.

Hal, con más experiencia, castigó duramente con sus puños. Deseaba demoler la moral de aquel individuo execrable que, escudándose en su uniforme de defensor de la ley, no era más que un hampón. No le interesaba dormirle, y calculó los golpes.

Al fin, Lorre dobló las rodillas, faltándole la respiración por los impactos encajados en el estómago.

— ¡Vamos, adentro! —le tiró del cuello de la chaqueta, mientras

volvía a encañonarlo.

Dentro de la caseta de cristales, de la dirección del gran almacén portuario, Wells le obligó a sentarse frente a una hoja en blanco y una pluma ya preparadas.

Apoyó el cañón de la «Luger» en la sien de Lorre y conminó:

—Empieza tu confesión, y detalladamente.

—No dispararé. Yo pertenezco a la ley, y sé que no se dispara contra nadie para hacerle firmar —advirtió Lorre, tratando de buscar una luz de salvación.

—Te equivocas. Yo ya no pertenezco al FBI. Esto ha sido un asunto personal entre Donovan, el sargento Wangrey y yo, de modo que si no escribes te frío limpiamente, y no me dolerá, porque no eres más que una rata.

—¿Y qué hará conmigo, si confieso?

—Dejarte con vida. ¿Te parece poco? Te advierto que no vale la pena morir por no atestiguar en contra del sargento Wangrey.

—Sí, es cierto —admitió Lorre, tomando la pluma.

Era demasiado cobarde para seguir resistiendo a la dureza ofensiva de Hal Wells.

Lorre, quizá el último de los hampones de la organización Donovan, confesó cuanto sabía, que no era demasiado, pero sí fue importante lo que escribió respecto a la muerte de Stacy Forrester. De ella acusaba muy claramente al sargento Wangrey.

—Muy bien, ahora firma.

—¿Y qué me harán a mí?

—No soy jurista. Vamos, firma.

Lorre extendió su firma y Wells se apresuró a guardarse la confesión en el bolsillo. Inmediatamente después, y ante la sorpresa de Lorre, lo ató a la silla muy sólidamente.

—¿Qué hace? Ha dicho que me dejaría tranquilo.

—No —rectificó Wells—, he dicho que te dejaría con vida, no en libertad.

Y prosiguió atándolo hasta amordazarle.

Wells, satisfecho por ver a Lorre inmóvil, tomó el teléfono y marcó un número. El agente de la Metropolitana lo observaba, asustado.

—¿El sargento Wangrey, por favor?

Xina Plaid, cargada con un envoltorio mayor que una caja de zapatos de varón adulto, entró en el despacho de Donovan.

Este, todavía con las huellas de la paliza visibles en su rostro, la miró intrigado.

— ¿Qué traes ahí?

—Un regalo. Estoy muy agradecida por lo que haces por mí. Bueno, he pasado por una tienda, y se me ha ocurrido traerte esto.

Joseph Donovan no le prestó gran atención. Él tenía cuanto pudiera desear, con sólo chasquear los dedos.

—Bien, pero ahora no me molestes mucho; estoy muy atareado.

—Mira, es un cañón medieval. Bonito, ¿verdad? —inquirió, arrancando el envoltorio y mostrándoselo.

Donovan observó la pieza, realmente bonita y realizada en madera y bronce antiguo. Todo el cañón, que pesaba bastante, formaba casi un bloque compacto.

—Sí, muy lindo, pero en la mesa no cabe, déjalo por ahí. Ah, te lo agradezco mucho.

—Lo dejaré encima de esa estantería que tiene enchufe de corriente eléctrica.

—No me digas que tiene lucecita de señalización...

—Pues sí. Cuando se estira de este resorte se ilumina una luz roja.

—Está bien, está bien. No estoy para juegos ahora. Déjalo ahí. Ya me divertiré con él en otro momento.

Xina dejó el hermoso cañón medieval sobre la estantería, y conectó la luz del mismo. Luego avanzó hacia la mesa y dijo:

—Hal Wells me ha telefoneado.

— ¿Quéé?

Para Donovan, aquella revelación había sido como un disparo hecho a boca de jarro.

—Que me ha llamado.

— ¿Y para qué?

—Para comunicarme que esta noche, a las diez, vendrá a verte.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —insistió incrédulo.

—Exactamente lo que has oído. Hal Wells vendrá a verte.

— ¿Y por qué te lo ha contado a ti?

—Para que te lo diga a ti. Es una especie de reto que te hace.

— ¡Maldito tipo! Esta vez sí que no escapará, y cobraré caro, muy caro.

En aquel instante, a través del aerodinámico dictáfono, sonó la voz de la secretaria.

—Señor Donovan, el sargento Wangrey de la policía, acompañado de un hombre llamado Lorre, desean verle.

— ¡Que pasen! —ordenó Donovan. Mirando a Xina, indicó—: Puedes marcharte, y gracias por el cañón y el aviso de que Wells vendrá a verme. Si te vuelve a telefonar, dile que le esperaré con mucho gusto. Ahora, ya ves, tengo visita. Ah, hazme saber cuándo estará tu disco preparado para el lanzamiento.

—De acuerdo, Donovan —aceptó Xina, abandonando el despacho del multimillonario, no sin antes lanzar una ojeada al cañón medieval que apuntaba con su tubo de bronce hacia la mesa de Donovan.

Al salir al pasillo, se topó con Lester. Este le sonrió.

— ¿Qué tal, Xina? ¿Cómo va tu música?

—Estupendamente, pero creo que a ti no te van tan bien las cosas.

— ¿Y por qué? —inquirió burlón.

—Creo que Donovan se ha quejado de que cuando fue capturado por ese Wells, tú no te preocupaste de buscarlo.

—Si no podía hacer nada...

—Es inútil que te excuses. Hace un momento, Donovan me ha hablado en privado, haciéndome jurar que no diría nada a nadie.

— ¿Y qué te ha hecho jurar? —preguntó Lester, en apariencia indiferente, pero sin lograr ocultar su vivo interés.

—Que todavía está en condiciones de tener hijos. Según sus propias palabras, se siente muy viril, y le gustaría que su fortuna, en vez de pasar a manos de un imbécil como Lester, perdona, pero ya te he dicho que son palabras taxativas, pasara a un hijo de su sangre. Bueno, yo no sé qué está pensando. Me parece algo ridículo, pero ya sabes, a Donovan no se le puede contradecir.

—Pero, ¿con quién puede casarse?

—No sé, con cualquier chica que, como yo, pudiera darle el hijo que anhela. Los hombres sois así. Cuando os volvéis viejos, os ponéis tontos con el asunto de la descendencia.

—Vaya con mi tío —masculló, sin poder contener una chispa homicida en sus pupilas.

—Sí, también me ha dicho que te tiene embaucado con la ridiculez de que, si muere de forma violenta, tú no heredarás ni cinco centavos.

—Desde luego, eso sólo ha podido decírtelo Donovan, él no lo ha revelado a nadie. Es un secreto entre él, su abogado Honey y yo.

—Pues ya ves, me lo ha confesado.

—Quizá seas tú la posible madre —silabeó irónico, tratando de averiguar más.

— ¿Yo? Pues no se me había ocurrido. Por supuesto que a mí, directamente, no me ha dicho nada. En cualquier momento, Donovan, con la forma de actuar que tiene, puede dar la noticia de que se ha casado en secreto, pues no necesita dar explicaciones a nadie, y en cuestión de horas puede estar casado. Entonces la herencia que en estos momentos tienes segura, ¡puff!, habrá volado.

— ¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó receloso, cogiéndola por el brazo.

—No sé, quizá porque me caes simpático, pero dejarás de sermelo si no me sueltas el brazo.

—Está bien —dijo Lester.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho de Donovan para dejar pasar al sargento Wangrey y a su acompañante, más alto que él, que, pálido, miraba en derredor asustado.

— ¿Qué sucede, Wangrey? —interpeló el multimillonario.

—Este tipo es Lorre.

—Sí, ya me has hablado de él, está incluido en mi nómina. ¿Qué pasa con él?

—Es el que facilitó las cosas para la muerte del estúpido de Stacy Forrester, el que liquidó al senador Hastings por orden suya.

—Ve al grano. ¿Qué sucede ahora?

—Señor Donovan, yo le aseguro que no he podido evitarlo.

— ¿El qué no has podido evitar? —preguntó Donovan, frunciendo el ceño cada vez más.

—Hal Wells le ha seguido los pasos. Lo buscó primero en su casa, y luego lo cazó en una timba.

— ¿Y qué sucedió después?

—Me pegó —tartamudeó Lorre—, y ese tipo pega duro.

—Ya lo sé —aceptó Donovan, tocándose la cara instintivamente—. ¿Y qué más?

—Me llevó a un almacén y, amenazándome con agujerearme la cabeza, pues me dijo que ya no trabajaba para la policía, que este asunto era personal suyo, me hizo firmar.

— ¿El qué? —preguntó, agrandando los ojos, temiendo una desagradable sorpresa, que intuía antes de que se la dijeran.

El sargento terminó de explicar:

—Lorre ha confesado su participación en el asesinato de Stacy Forrester, que yo cometí, y otras tonterías menores, que comprometen a la organización.

— ¡Imbécil! —insultó Donovan.

—Y Hal Wells, tan cínico y seguro de sí —añadió Wangrey—, lo ha dejado bien atado en el muelle y me ha telefoneado para que fuera a buscarlo. Ese tipo pretende reírse de nosotros.

—Pues no se va a reír por mucho más tiempo. Se me acaba de ocurrir una feliz idea para terminar con él de un modo fulminante e irreprochable. Sus amigos los federales no tendrán baza que meter.

— ¿Y cuál es esa forma? —preguntó el sargento, mirando a su jefe con las pupilas achicadas.

—Tú lo acribillarás a balazos aquí, esta noche, cuando se presente.

— ¿Que vendrá él aquí? —repitió Wangrey, desconcertado.

—Sí. Wells tiene agallas para eso y para más. Yo ordenaré que le dejen el paso libre y, cuando entre en este despacho, tú, con tu revólver de reglamento, le acribillas.

El sargento gruñó, no demasiado contento con el plan:

—Eso puede traerme complicaciones.

— ¿Complicaciones? Ninguna. Llamaré al abogado Honey como testigo del suceso, y también a otros testigos muy importantes. Sólo falta una cosa.

— ¿El qué?

—El móvil que te impulse a acribillarlo a balazos, y el móvil lo tengo aquí. —Mostró una pistola «Browning»... no tiene ni numeración. Sólo habrá que colocársela en la mano cuando ya haya caído, dejando bien impresas sus huellas.

— ¿Qué ocurre con esa pistola? —interrogó Wangrey.

Lorre los observaba a ambos, comenzando a abrigar esperanzas

sobre su futuro, pese a lo sucedido.

—A esta pistola le ocurre algo importante. Es el arma del crimen. Fíjate.

Sin darle tiempo a nada, disparó tres veces sobre Lorre.

El agente, que vestía de paisano, se agarró la boca del estómago. Dio una vuelta sobre sí y cayó al suelo, alcanzado mortalmente. Instantes después, fallecía.

—Ya lo ves, Wangrey, tenemos la víctima —dijo Donovan con toda parsimonia, mientras limpiaba cuidadosamente las huellas de la pistola homicida—. Ahora tienes motivos suficientes para vaciar un cargador en la espalda del asesino del agente Lorre, y ese asesino se llama Hal Wells.

CAPITULO X

En la puerta del camerino especial que Xina Plaid tenía en el penúltimo piso del rascacielos Donovan, sonaron unos golpes.

—Adelante —autorizó, apartando su mirada del espejo.

Un empleado de transportes, perteneciente a la plantilla del rascacielos, asomó la cabeza en el camerino, con la gorra en la mano.

—Señorita Plaid, han llegado sus vestidos.

—Que los traigan aquí. Deseo probármelos.

Sobre una carretilla con ruedas de goma, avanzó hacia el aposento un gran baúl, sobre el que destacaban las etiquetas de un importante y caro almacén de Chicago.

—Déjenlo aquí fuera —ordenó.

Dio una propina a los hombres y los despidió.

Cuando estuvo sola, corrió el cerrojo de la puerta y abrió el baúl con una llave que extrajo de su bolso de mano.

Efectivamente, en el baúl había muchos vestidos, y entre ellos, medio asfixiado, apareció Hal Wells.

— ¿Lo has pasado muy mal?

—Uf, creí que se me acababa el aire —suspiró él, estirando sus músculos, ya fuera del baúl.

Ella se alzó de puntillas y lo besó en los labios.

—He hecho todo lo que me dijiste.

— ¿Y cómo ha ido?

—Bien.

—Entonces, me estarán esperando.

—Sí. Hay orden de que se te deje vía libre hasta el despacho de Donovan.

—Creía a Donovan más listo. Parece que me preparo una trampa de lo más elemental.

— ¿Tú sabes de qué se trata?

—Descuida, Donovan se llevará una desagradable sorpresa. He de hacerle saltar de sus casillas, es lo que me propuse desde el principio, y ya lo he conseguido en gran parte. Esta es muy distinta a la primera visita que le hice. Entonces se sentía muy seguro de sí, ahora me terne.

—Sí que te teme. Estoy segura de que desea matarte

—Espero que no lo consiga, pero he de enfrentarme a él a cuerpo descubierto, ahora que todo está preparado. Creo que no se podrá evitar el tiroteo.

—Hal, no te expongas, no vale la pena. Deja a Donovan.

—Ahora menos que nunca. Me ha costado mucho llegar hasta aquí. En especial, mi dimisión como agente federal.

— ¿Y no has ganado nada?

La estrechó por el talle y la besó como a Xina le gustaba. Tenía muy poca experiencia en aquellos ardientes besos de Wells, pero se había acostumbrado a ellos con tanta rapidez, que quizá pronto pecara de vicio por ellos.

—Xina, tú te encierras en este aposento. No sé realmente cómo van a ir las cosas, pero si se pusieran mal, no me gustaría que Donovan te relacionara conmigo. No es hombre que perdone. Él debe tener siempre la espalda protegida, y para conseguir algo tan difícil hay que eliminar los obstáculos, y tú lo eres para él.

—Hal, seguro que él no es mi padre, ¿verdad?

—Seguro, Xina. Al hombre que será mi suegro ya lo conozco.

— ¿Quién es?

Había avidez en el rostro femenino.

—No te precipites, lo sabrás a su tiempo, y muy pronto, si todo sale bien. Ahora hay que entrar en acción. Falta muy poco para las diez y si Donovan me tiene preparada una encerrona, yo le tengo preparada otra a él.

—Hal, tenías que haber llamado a tus antiguos compañeros del FBI.

— ¿Y quién te ha dicho que no lo haya hecho?

Le dio una ligera palmada en la mejilla, para infundirle confianza, y abandonó el camerino.

Con paso rápido fue en busca del despacho de Donovan por el camino que éste no esperaba pudiera utilizar.

Al empujar la puerta del despacho, sorprendió a Joseph

Donovan tras su mesa. Se hallaba a solas en él, pero había varias puertas, de las cuales receló Hal. Estaba seguro de que, tras ellas, se escondían los hombres de aquel jefe del sindicato del espectáculo.

—Hola, Donovan. Volvemos a vernos.

El cincuentón acusó la sorpresa de la visita, pues estaba convencido de poder conocer su llegada a través del circuito cerrado de televisión.

—Wells, ¿por dónde diablos ha entrado?

—Vamos, Donovan, no creo que sea momento de dar explicaciones tontas. Su torre de marfil no es tan invulnerable como usted pretende.

Donovan, pasado el primer instante de sorpresa, sonrió.

Volvía a sentirse seguro de poder dominar la situación.

Disimuladamente, oprimió un botón situado bajo su pie, a través del cual avisaba a los hombres preparados para su encerrona.

—Es verdad, no hace falta discutir tales tonterías. Supongo que se habrá dado cuenta de que también para mí fue relativamente fácil escapar.

— ¿Escapar? —rió Hal, situado frente a la mesa despacho—. Usted no escapó.

— ¿Ah, no? Entonces, ¿cómo estoy aquí? ¿Por qué ha tenido que volver por mí?

—Porque yo lo preparé todo de esta forma. Usted huyó porque yo le puse las cosas de forma que pudiera hacerlo. Era una treta. Yo no podía, con ningún poder legal ni extralegal, mantenerlo retenido ni, por supuesto, asesinarlo.

— ¿No quería asesinarme?

—Nada más lejos de mis intenciones. No soy ningún asesino, aunque lo haya asustado un poco en distintas ocasiones. Sólo deseaba hacerle saltar los nervios, sacarlo de sus casillas para que usted mismo cometiera los tropezones suficientes que lo condujeran a la cárcel.

—Se cree muy listo, ¿verdad?

—Lo suficiente como para no tenerle miedo, pese a estar en su, digamos, cuartel general.

— ¿Qué pensaría si le dijera que puede considerarse ya un hombre muerto? —le preguntó, tomando un cigarro y prendiéndole fuego con parsimonia.

—Le diría que me subestima. Sé perfectamente que guarda el cadáver del agente Lorre para cargarme el mochuelo y que el sargento Wangrey está dispuesto para matarme, pero eso no resultará.

La faz de Donovan adquirió un tinte lívido.

— ¿Cómo lo sabe?

—Ya le he dicho que me ha subestimado. Mientras ponía a prueba sus nervios, mientras le hacía arrastrarse como una rata, me he estado moviendo y he averiguado cosas interesantes.

Donovan, que mantenía su pie sobre el pulsador, dispuesto a dar la segunda señal, que haría entrar en escena a sus sicarios y colaboradores, se contuvo. Deseaba saber cuanto aquel hombre alto y recio pudiera decirle.

—No me diga que le va a servir de mucho la confesión de un muerto, del hombre que oficialmente usted mismo habrá asesinado.

—La confesión de Lorre me ha servido para que usted se metiera con él. Francamente, no esperaba que lo liquidara, pero ya está hecho.

—Lo calcula todo, pero no había calculado que soy bastante expeditivo y drástico con las medidas que tomo.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello, pero, como le decía, he estado averiguando cosas.

— ¿Qué cosas?

—El por qué está bien arropado ante la justicia estatal.

—Porque tengo buenos abogados y los pago bien. Honey es excelente.

—Sí, y el fiscal Sherman le hace el juego perfecto. La verdad es que en el juicio hizo una interpretación magistral en su papel de desconcierto. Yo mismo me tragué la píldora de que le habían robado la confesión de Stacy Forrester, cuando él mismo se prestó a aligerarla del portafolios. Ya le digo, Sherman hizo una interpretación digna de sir Laurence Olivier, pero todo se descubre.

— ¿Y cómo lo ha descubierto usted?

—Ha sido fácil. Por su trabajo, por su traición a la ley, el fiscal debía cobrar de alguna forma, y la forma era muy original.

— ¿La conoce? —preguntó, incrédulo.

—Naturalmente. Se llama Xina Plaid, fruto de un matrimonio desgraciado por parte del fiscal, un matrimonio que se perdió en el

tiempo. La madre resultó una toxicómana que, para adquirir drogas, robó y fue fichada por la policía. La pobre mujer murió muy joven, y al fiscal, que mantenía en secreto su matrimonio, le iba muy mal divulgarlo. Pero tenía una hija y, después de todo, algo dentro del pecho. La metió en un orfelinato, pero se fue cuidando de ella, procurando que no la descubrieran como a su hija.

— ¿Quién le ha contado eso?

—En el orfelinato Pinckerton, cuando he dicho que es un caso federal. Pero sigamos la historia. Usted siempre había pedido apoyo al fiscal y éste, al fin, accedió a dárselo, si protegía a la chica, pero advirtiéndole que si Xina salía perjudicada, usted caería porque Sherman guarda pruebas contra usted.

—Paparruchadas —gruñó Donovan, no gustándole las palabras de Wells.

—No son paparruchadas porque no hace mucho he mantenido una conversación muy interesante con él, y me ha aceptado la confesión de Lorre.

— ¡Imposible! Sherman me es fiel.

—Todo tiene su final y el suyo ha llegado ya, Donovan.

—No podrán empapelarme, no hay pruebas de nada.

Con las palabras que Wells pronunció a continuación derrumbó la seguridad del multimillonario.

—Se equivoca. Se podrá probar hasta el asesinato de Lorre, perpetrado por usted, y todas sus confesiones.

—No sé cómo piensa demostrarlo.

— ¿Ve ese cañón medieval, Donovan?

Preparándose para oír una mala noticia, el viejo frunció el ceño.

— ¿Qué sucede con ese cañón?

—Es una cámara oculta de televisión, con micrófono incorporado.

— ¡No! —exclamó, sorprendido.

—Sí. He hecho un pacto con la emisora de televisión, Ofreciéndole la primicia y al mismo tiempo la exclusiva de la aniquilación de Donovan. Un programa fantástico, con mucho realismo. Desde que el cañón ha sido colocado aquí, una unidad móvil en la calle, instalada sobre un camión, ha ido captando cuanto sucedía en el despacho. Ha sido grabado en «vidiotape» para luego ser reproducido donde haga falta. Por cierto, estaban

presenciando la grabación el fiscal Sherman, el sheriff del condado otras autoridades, que usted no pudo sobornar por ser demasiado íntegras. Ha perdido, Donovan, admítalo.

En aquel instante se abrió sigilosamente la puerta, pareciendo una pistola. Dos fogonazos brotaron por su cañón.

Donovan sufrió una contracción y quedó con los brazos extendidos sobre la mesa.

Antes de ser alcanzado de lleno también, Hal Wells se volvió, esquivando un tercer proyectil. Disparó contra puerta y ésta se abrió, derrumbándose sobre el piso el cuerpo de un hombre.

—Lester —exclamó, al reconocer al caído.

Este, ansioso de apoderarse de la herencia, había pensado que no se le podía brindar mejor ocasión que aquella para culpar a otro del crimen. El hombre que debería pagar el mochuelo sería Hal Wells, pero se había olvidado de pedir su opinión.

—Quieto, Wells —ordenó Wangrey, apareciendo junto a Honey.

—Tire su arma, sargento, o tendré que disparar contra usted.

—O yo contra usted si no me obedece.

—El edificio está rodeado. Sus superiores se presentarán aquí de un momento a otro, y usted, Honey, no sea un imbécil de querer transformar un tiempo de cárcel en una pena de muerte.

—Es cierto.

Honey empujó al sargento, tratando de desarmarlo pero éste se revolvió, disparando a bocajarro contra el abogado.

Antes de que le abrasara, Hal disparó contra el sargento, alcanzándolo de lleno en el instante en que todos los que habían estado siguiendo lo sucedido a través de la televisión irrumpían en el despacho, no sin ir deteniendo a los secuaces de Donovan.

—Trabajo concluido —dijo el sheriff del condado— Es una vergüenza que hombres en los cuales depositamos nuestra confianza resulten esto —señaló el cadáver del sargento, tendido en el suelo.

El fiscal Sherman suspiró para decir luego:

—Creo que yo me avergüenzo de mí mismo. —dijo, dirigiéndose al hombre que estaba a su lado— Mañana recibirá mi dimisión. Me dedicaré a otra cosa, quizá sea una vida más pacífica.

— ¡Hal! —gritó la voz de Xina, corriendo hacia allí.

Wells la abrazó y se dejó abrazar. Después de darle un beso, preguntó:

— ¿Puedo pedirle a tu padre su autorización para nuestra boda?

—Pero, Hal, ¿quién es mi padre?

—Si me perdonas, hija, tu padre soy yo —carraspeó Sherman, adelantándose.

Xina se lo quedó mirando, desconcertada.

Hal la empujó levemente hacia él.

—Vamos, abrázalo. Si hay arrepentimiento, nunca es tarde cuando llega.

El inspector federal, también invitado por Wells a presenciar la televisión, se acercó a éste y le entregó un sobre.

— ¿Qué es esto, inspector?

—Una carta que no llegué a abrir.

— ¡Si es mi dimisión!

—Se me olvidó darle curso —respondió cínicamente.

—Gracias, inspector.

— ¿Gracias? Puro interés, muchacho, puro interés. No creerías que estábamos dispuestos a perder a nuestro mejor agente, por una simple cabezonada, ¿verdad? —dando una palmada en el hombro del joven federal, rio al coger la carta. Sacó una cerilla y le prendió fuego lentamente, con verdadera satisfacción. Al FBI le hacían falta hombres defensores de la justicia como Wells.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España